



**ME MORDERÉ
LA LENGUA**

Melba Alfaro



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



ME MORDERÉ LA LENGUA

MELBA ALFARO

Margaret Shrimpton Masson
Presentación

Novelas en la Frontera

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Melba Alfaro, *Me morderé la lengua*

Primera edición digital: 25 de agosto de 2022

D. R. © Melba Alfaro

D. R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México

Avenida Universidad 3000

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales

Ex Sanatorio Rendón Peniche

Calle 43 s. n., entre 44 y 46

Col. Industrial, 97150

Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

Avenida Universidad 3000

Torre II de Humanidades, piso 3

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

<i>Me morderé la lengua</i> : breve andadura.	
<i>Melba Alfaro</i>	9
Presentación. Desde el siglo XXI: nuevos aportes a <i>Me morderé la lengua</i>	
<i>Margaret Sbrimpton Masson</i>	15
<i>Me morderé la lengua</i>	
Camino hacia el frío	37
I. Lo cotidiano	39
II. Es la noche y sus fantasmas	45
III. Meditación nocturna	49
IV. Pablo	51
V. Pablo en el ayer	55
VI. En el umbral	65
VII. Mi hijo	67
VIII. Espero los golpes	71
IX. Mark	79
X. Después de Mark	83
XI. La boda	91
XII. Los propósitos	95
XIII. Las pesadillas	105
XIV. Antes de las cartas	115

XV. Las cartas	119
XVI. Después del cumpleaños	127
XVII. De vuelta a la ciudad	131
XVIII. En el pueblo	139
XIX. Me morderé la lengua	145
XX. La torpeza reaparece	155
XXI. Las visitas	161
XXII. Elut de visita	171
XXIII. Después de Elut	175
XXIV. Como otras madrugadas	181
XXV. El hallazgo	189
Noticia del texto	199
Melba Alfaro. Trazo biográfico	201

Me morderé la lengua: breve andadura

Melba Alfaro

Después del intenso calor de mayo, comienzan las lluvias arrulladoras con los recuerdos, añoranzas, los superados miedos de antaño y el recuento de los porqué entre el ciclo día y noche, entre la bruma y el rocío. Con la mirada absorta en el horizonte marino, en conversación diaria con la parca decidí escribir *Me morderé la lengua*.

Realmente nunca quise escribir una novela, sino una serie de cuentos, pero nacían relatos; una quería, pero la vieja Remington y los personajes que se manifestaban decidieron otra ruta.

Quizá fue durante el tiempo de vacaciones cuando creé diversas melodías con el teclado de la máquina de escribir, pues estaba en un departamento con mi hijo Santiago, de apenas siete años, y frenética, enajenada, escribía día y noche, al menos de esa manera vislumbro el reflejo de quince días en tal estado.

Y por qué, cuál causa o razón me impelía a plasmar ideas sobre las relaciones humanas, las familiares en mi época, el amor, el sexo, los ciudadanos, los que viven en los campos, los ricos, los despojados, los pobres, los po-

derosos irredentos, el machismo, la mudez de la mujer, la libertad o su falta y el libre albedrío. La respuesta es corta: podía morir en unos meses o en la mesa de operaciones. Entonces no tenía tiempo para decirle a mis hijas ni a mi hijo, a mis tres pequeños, sobre la vida, lo humano, lo social, lo político, lo malo, lo bueno, las garras del insomnio y los monstruos de toda índole.

Como expresé anteriormente, quise abordar cada una de esas temáticas y muchas otras en breves cuentos, sin embargo, al final, aún no sé qué tanto de ello pude abarcar, pues cada personaje se fue gestando a sí mismo, prestando historias, vivencias, imágenes de vecinos, amigos, familia, de mi hermano Luis, real héroe, de lo visto en los municipios de mi estado, de lo experimentado en Tabasco en la región chontal, de lo estudiado y aprendido, de la impotencia, llanto y rebeldía.

Y después de recobrar el aliento, les comparto que elegí la primera persona para poder configurar el personaje femenino y narrador, ya que mi formación teatral me lo permitía y siempre he declarado que puedo escribir gracias al teatro, con el favor de esa esquizofrenia del actor, quien es y no es al mismo tiempo, que está pendiente de la trama, de los movimientos, de la historia, de la dirección escénica, de lo necesario para transmitir al público, pero que a la vez no es el ser humano, no es el actor, es el personaje con todos los pensamientos y

pasiones, actos, circunstancias y condición que lo identifican como parte de la puesta en escena.

Treinta y un años después de escribir la novela, sigo viva, con restricciones de movimiento, pero realizando lo que me gusta: leer, escribir, impartir talleres, producir obras, dar conferencias, participar en lecturas públicas, congresos y eventos multidisciplinarios, cuando quiero y mi cuerpo apoya.

En broma, algunos compañeros artistas de todas las disciplinas, quienes siempre me acompañaron y sostuvieron operación tras operación, tras operación, hasta dieciséis veces, nunca me vieron en queja, siempre alegría, y decían en voz alta que ya cansaban mis enfermedades y no terminaba de aceptarme la muerte en su regazo. Ellos, mis amigos, a quienes tanto amé y me amaron, los extraño, ya partieron de este mundo debido a una enfermedad, al suicidio o al asesinato. Desventajas de la edad y beneficio de tener por quién vivir.

Retornando a la novela, quiero decir que cada personaje es la suma de hombres y mujeres de todos los espectros de la diversidad sexual que conozco, por supuesto, incluyéndome, y por ello los transformé en símbolos. Por otro lado, sentí la necesidad imperiosa de cincelar mi testimonio sobre el despojo de tierras ejidales, de la barbarie de gobernantes y de la situación de la mujer en una mexicanidad con moral doble.

Varias interpretaciones se han dado al título *Me morderé la lengua*, cada lector tiene el derecho de hacerlo, mas, por primera vez, quisiera decir que el título lo refiero al silencio en el cual mantenían a las mujeres en mi tierra, a la obligación de convertirse en la mujer de, a la imposibilidad de la independencia de una soltera o viuda, a la falta de respeto a quienes optaron por el divorcio, y las ofensas y desprestigio lanzados a todas ellas. Por ello, el título es la antítesis de mi fuerte y atrevida voz e inevitable pluma.

Mérida, 9 de junio de 2022

PRESENTACIÓN

Desde el siglo XXI: nuevos aportes

a *Me morderé la lengua*

Margaret Shrimpton Masson

¿Cómo evitar cientos de años de manipulación
de roles femeninos, de roles machines?

Melba Alfaro, *Me morderé la lengua*

Hace treinta años la escritora yucateca Melba Alfaro (1955) ganó el Premio Estatal de Novela Justo Sierra O'Reilly con la novela *Me morderé la lengua* (1993). No obstante lo efímero que pudieran resultar los premios, inauguran, ciertamente, el ingreso de las obras en los anales y registros, y colocan a sus ganadores en los archivos de la historia. En el caso de *Me morderé la lengua*, su reedición en *Novelas en la Frontera* sitúa nuevamente a Melba Alfaro en la mira de la crítica actual y de los lectores de nuevas generaciones. La decisión de reeditar la

obra es tanto pertinente como interesante, y para estudiosos y lectores se abren nuevos y fascinantes caminos en las letras yucatecas que, asimismo, nos llevan a mirar con ojos, del siglo anterior y del actual, los eventos narrados en esta novela breve.

Me morderé la lengua es un texto que revisa el pasado para informar el presente y el futuro —como la propia Alfaro insiste en las palabras preliminares de esta edición—; es decir, la determinación de escribir *Me morderé la lengua*, al principio de la década de los noventa, fue para heredar un testimonio íntimo a sus hijos, y un recuerdo que también, de alguna manera, fuese capaz de entretejer aquella vida cotidiana con la historia de una ciudad y un estado, entonces al margen de la memoria y los archivos nacionales.

Ni la ciudad de Mérida ni el estado de Yucatán son nombrados explícitamente en el relato; tampoco se anuncia la fecha de los sucesos narrados. No obstante, para los lectores yucatecos tanto el lenguaje como las descripciones revelan los diferentes escenarios meridianos y regionales. Así también, la detallada narración de la lucha política estudiantil y sindical, en los capítulos centrales de la obra, evidencia que los eventos ocurren durante la década de los setenta, cuando el asesinato de Efraín Calderón Lara (El Charras), por fuerzas del gobierno, detonó años de lucha y activismo sindical. La

mención de la devaluación del peso anuncia igualmente la crisis económica de 1982, otro marcador temporal. Y es en este contexto regional, durante los setenta y ochenta, que la novela de Alfaro habla de manera directa y sin tapujos de roles de género, los sistemas educativos, el machismo, la política y la corrupción, la ciudad, la rebeldía y la lucha. De acuerdo con Silvia Cristina Leirana Alcocer, “Los temas abordados en la obra coinciden con el activismo que ella realiza para que todas y todos vivamos en un mundo libre de violencia”;¹ y continúan presentes en su amplia y diversa obra a través de los últimos treinta años.

La literatura en Yucatán a finales del siglo xx: umbrales

A lo largo del siglo xxi se han realizado importantes estudios sobre diversos escritores del estado y de la península de Yucatán. Muchos se desprenden de investigaciones que han contribuido a subrayar la producción literaria en español y en lengua maya. Destaca la constante labor de rescate y visibilización realizado por

¹ Silvia Cristina Leirana Alcocer, “Discursos literarios en Yucatán contemporáneo”, tesis de doctorado, Universidad de Sevilla, 2014, p. 227.

Silvia Cristina Leirana,² Adán Echeverría,³ Oscar Ortega Arango,⁴ David Anuar González Vázquez⁵ o Charles Pigott,⁶ entre otros,⁷ cuyos aportes han insistido en

² *Catálogo de textos mayas publicados entre 1990 y 2009 (Bibliografía comentada)*, Mérida, Instituto de Cultura de Yucatán, 2011; “Discursos literarios en Yucatán contemporáneo”, ed. cit.; y “Literatura yucateca entre dos siglos”, en *Revista Delatripa. Narrativa y Algo Más*, núm. 51, 2021, pp. 58-68.

³ “De escritores yucatecos: una posibilidad de historiar la literatura yucateca”, en *Revista Delatripa. Narrativa y Algo Más*, núm. 19, 2015, pp. 3-13.

⁴ “Poetas de Calkiní: fronteras simbólicas”, en *Telar*, núm. 18, 2017, pp. 196-212.

⁵ “Welcome to Cancún. El turismo como innovación temática en la historia literaria de Quintana Roo”, en *Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, año 4, núm. 7, vol. 4, 2018, pp. 175-186.

⁶ *Writing the Land, Writing Humanity. The Maya Literary Renaissance*. Nueva York/Londres, Routledge, 2020.

⁷ Hay una amplia bibliografía sobre la literatura escrita en español en Yucatán, así como en lengua maya (un campo de estudios dinámico y en crecimiento). Los estudios mencionados aquí son solamente algunos de los más significativos, por el alcance y detalle de los registros (Leirana: véase nota 2; Echeverría: véase nota 3); y/o por ir a contracorriente, como en el caso de la literatura quintanarroense-caribeña (González Vázquez: véase nota 5); y con respecto a la lectura y relectura del canon yucateco (Margaret Shrimpton Masson, “Gritando en silencio. Dos escritoras yucatecas: Carolina Luna y Nidia Esther

reconocer la significación de un canon regional conformado por cientos de escritores —poetas, narradores, dramaturgos— creando desde diversos puntos del estado y de la península. Aunado a esto, Adán Echeverría incluso menciona, para 2015, la existencia en el estado de al menos seis casas editoriales que incluyen escritores yucatecos en sus portafolios, dos importantes redes para el tallero y promoción de la labor creativa (Centro Yucateco de Escritores y Red Literaria del Sureste) y varios procesos estatales de convocatorias y premios diseñados para apoyar la publicación de obras, así como revistas dedicadas completamente a la creación literaria, como *Navegaciones Zur* (1993-2009).⁸

Durante las décadas de los ochenta y noventa se registra la creación de diferentes espacios para talle-

Rosado”, en *Columba. Gaceta de Arte y Cultura*, año 1, núm. 13, 2000; Margaret Shrimpton Masson y Daniel Torres, *Diálogos en contrapunto. Conversaciones en torno a la obra de Joaquín Bestard*, Mérida, UADY, 2011); y de la escritura en lengua maya (Ortega Arango: véase nota 4; Pigott: véase nota 6). Todos los aquí mencionados también incluyen amplias bibliografías que remiten los lectores atentos a cada vez más fuentes y archivos regionales.

⁸ Adán Echeverría, *Catálogo de textos mayas*, ed. cit.; Silvia Cristina Leirana Alcocer, “Discursos literarios en Yucatán contemporáneo”, ed. cit.

rear, así como un manifiesto interés por publicar, sobre todo, en revistas y periódicos. Leirana Alcocer destaca los talleres de Joaquín Bestard Vázquez, iniciados en 1983, y el rol del *Diario del Sureste* con el suplemento *El Juglar* que “aglutinó a una importante cantidad de escritores y artistas plásticos entre 1990 y 2002 (año en que fue retirado de la circulación el *Diario del Sureste*)”.⁹ Varios de los escritores que dominan el escenario en las últimas décadas del siglo xx (Jorge Lara, Jorge Pech, Manuel Calero, Víctor Garduño, Claudia Sosa, Carolina Luna, entre otros) pasan por estos sitios formativos; y bajo el influjo de aquel primer taller de Joaquín Bestard proliferarán nuevas instancias y diversos talleres, sobre todo, en la ciudad de Mérida.¹⁰ Aunado a su presencia como tallerista, Joaquín Bestard también dejó su huella como creador,

⁹ Silvia Cristina Leirana Alcocer, “Discursos literarios en *Yucatán contemporáneo*”, ed. cit., p. 143.

¹⁰ En espacios lejanos a la ciudad de Mérida, es imprescindible destacar la presencia desde 1973 del Grupo Cultural Génali, fundado por Waldemar Noh Tzec y Ramón Iván Suárez Caamal, en Calkini, Campeche, que para la década de los noventa inició como uno de los talleres pioneros en promover la escritura creativa en lengua maya; y posteriormente, en 2008, la formación de la Unión de Escritores Comunitarios de Yucatán, que agrupa autores de los municipios del estado de Yucatán (con publicaciones escritas en español y en maya).

con unas veintiún novelas y diez colecciones de cuentos publicados a lo largo de cinco décadas.¹¹

Como parte de este proceso, Leirana Alcocer identifica la importancia del Diplomado de Creación Literaria (1989), uno de los eventos que más contribuyó a la formación de esta generación.¹² La investigadora destaca como resultados de este diplomado (al que acudió Melba Alfaro) la formación del Centro Yucateco de Escritores y el ciclo de lecturas Signos y Trayectorias.¹³ Dicho ciclo reveló una entusiasta presencia de la escritura creativa, así como espacios importantes para su discusión y recepción, replicándose en años posteriores con el Programa Salas de Lectura, de la Secretaría de Cultura.

Estas diversas investigaciones muestran —en términos de creación— una situación prolífica para la literatu-

¹¹ Bestard (1935-2017) recibió varios premios importantes y reconocimientos estatales (Premio Eligio Ancona, Premio Mediz Bolio, por ejemplo), así como dos premios nacionales de novela, por las obras *La calle que todos olvidan* (1980) y *Trazar un sueño en el espejo* (1986).

¹² Diplomado creado en el marco del Programa Cultural de las Fronteras e impartido por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el Instituto de Cultura de Yucatán (ICY) y la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM). Silvia Cristina Leirana Alcocer, “Discursos literarios en *Yucatán contemporáneo*”, ed. cit., p. 141.

¹³ *Ibid.*, p. 142.

ra en Yucatán, y es interesante, entonces, acercarnos a la generación de escritores que publicaron en las últimas décadas del siglo xx, quienes introdujeron varios aspectos novedosos en las letras regionales, que también, lógicamente, fueron acordes con la paulatina modernización global, la toma de conciencia ciudadana, la lucha por la igualdad de género, el acceso a la información y la revolución tecnológica digital.

El acercamiento a lo propio desde los espacios y experiencias habituales transforma la narrativa de finales del siglo xx, como observamos, por ejemplo, en manos de Melba Alfaro y de Carolina Luna. Su narrativa suele centrarse en lo urbano, alejándose de los estereotipos de un Yucatán rural y enfocándose en las problemáticas de una vida cotidiana en la ciudad, situada en tiempos de transición. Tanto Alfaro como Luna introducen el erotismo, la intimidad, la violencia y el abuso como espacios desde dónde hablar de la posición vulnerable de la mujer en una sociedad llena de prejuicios y contradicciones; sus obras ponen de manifiesto los cuestionamientos tan necesarios hacia el abuso sistémico. Desde su posición como escritoras a finales del siglo xx hasta la nuestra como lectores del XXI, vislumbramos un cambio de las voces que, gritando inicialmente en medio del silencio, ahora conforman un movimiento activo y de transformación (aún imper-

fecto), acorde con los principios del activismo que ha acompañado a Melba Alfaro a lo largo de su vida.

Me morderé la lengua: *la novela breve*
y *la importancia de la dramaturgia*

Las fronteras entre el cuento, varios cuentos conectados y la novela (sea corta o larga) son cuestiones porosas. Hacia finales del siglo xx, en México y América Latina nos acostumbramos a leer novelas fragmentadas —posmodernas para algunos críticos—, que juegan con la idea de la brevedad, y en el caso de escritores icónicos como Alberto Chimal exploran también la potencialidad de lo virtual. Entretejiendo lo breve y lo digital en experimentos como *83 novelas*, Chimal construye una historia breve con tintes, digamos, interminables, que explota la conectividad posible entre plataformas —como Twitter, Facebook y otros— con la idea tradicional de una novela escrita en papel. En otro extremo (en cuanto a extensión) se encuentra *Ciento y un años*, *Koyoc* (2003), del escritor yucateco Joaquín Bestard, una narración de 101 fragmentos, donde cada uno abre una ventana a la vida del personaje Maximito Koyoc, cuyas vivencias a la vez se entretejen de manera intratextual en varias de las otras novelas y cuentos del escritor.

Pero antes de la explosión tecnológica plena del siglo XXI, la exploración formal relacionada con la manera de narrar historias íntimas y cotidianas —historias que conectan la memoria familiar con el entorno regional/nacional— se daba en aquel espacio de los cuentos hilados entre sí. La finalidad era la de construir una obra más extensa, y asomarse a las posibilidades narrativas de una historia novelada, que aún mantenía la brevedad del relato oral o del fragmento de una memoria como principio creador. Así, la historia no solamente toma forma a través de los fragmentos narrados (como cuentos aislados), sino también, en sentido performativo, a partir de las pausas construidas entre éstos —a la manera teatral—, creando enlaces entre cada cuento o escena. Obras clásicas como *Canek* (1940) de Ermilo Abreu Gómez ejemplifican esta porosidad. *Canek* existe en distintas versiones, como cuento solo, como cuento junto a otros cuentos y como la novela breve aquí referida, que utiliza magistralmente la estructura teatral para construir personajes y escenas, pausas, silencios y soliloquios para configurar un imaginario regional desde una intimidad y vulnerabilidad intensamente dramáticas.

Alfaro nos comparte que había pensado escribir esta historia como una colección de cuentos, pero que de alguna manera los personajes tomaron el control para terminar hilando una memoria personal en forma-

to de novela breve. A través de veinticinco capítulos, o escenas, la autora nos presenta cinco personajes protagónicos: la narradora autodiegética, que construye una autoficción a lo largo de la obra; su hijo Rodrigo; y las tres parejas de ella —Pablo, Mark y Daniel—. Las historias entrelazadas de la narradora y sus cuatro coprotagonistas le permiten abordar temas fundamentales para la sociedad regional, como la identidad de género, la identidad regional, la política, la violencia y la corrupción. Se relatan desde la cotidianidad y la experiencia propia, desde la perspectiva y la participación personales, y es esto lo que activa la empatía con el lector, quien logra situarse en medio de los sucesos. Acostumbrada al ambiente teatral y a establecer una relación directa con el público, Alfaro exhibe las huellas de esas tablas en *Me morderé la lengua*, e invita a sus lectores a compartir el escenario con ella.

Si bien la narración se hilo desde las conexiones entre y con estos cinco personajes, son los espacios locales los que ponen más carne sobre los huesos. La construcción del espacio prosigue con breves acotaciones a la manera teatral. Con los títulos de las escenas (o capítulos), o por medio de aspectos claves y únicos del entorno regional, Alfaro crea el territorio meridano-yucateco con un mínimo de palabras; así, evita largas descripciones y permite que los personajes dominen el

escenario. La primera escena presenta “Lo cotidiano”, y en breves trazos logra situar al lector en un ambiente familiar (madre-hijo y abuelo-nieta), en un escenario dinámico de juegos infantiles y cuento-cuenteros, de inmenso calor y olor, olor a humedad, tangible: “Caminaba entre sus brazos..., sonó a título de canción, ¿no te parece? Pues sí, caminaba entre sus brazos por lugares y espacios semejantes a éstos, anchas brechas, ramas secándose, polvo, olor a excremento vacuno, humedad..., calor”. La escena está puesta y el lector, cautivo, entra al mundo performático de la memoria.

Son pocos los escenarios públicos descritos en la obra. De acuerdo con el universo del escenario teatral, la inmediatez del entorno íntimo, interior y cotidiano le funciona mejor a Alfaro para conseguir cabalmente la discusión de los temas de genero, identidad y violencia, y así construir y comprender esas memorias (regionales, y a la vez personales). Son varios los espacios interiores, las diversas casas y departamentos donde se muda con (o sin) sus parejas sentimentales: cada mudanza es una oportunidad para armar o desmantelar, simbólicamente, la relación de pareja en turno.

Así, resulta llamativo el capítulo VIII (el segundo tercio de la obra, como si fuese el segundo acto), con título “Espero los golpes”, que inicia con una de las pocas descripciones de un espacio exterior. La des-

cripción es una de las más largas (¡y es en sí breve!) y emblemáticas de la obra, una acotación sin equívocos que nos sitúa inmediatamente en el lugar y la acción: “El mercado rebozaba, charcos lodosos, flores, tamales, calabazas, masa, pozole, atoles y cada vez más gente de tenis y morral confundida entre ropas de ejidatarios y leyendas gringas. Las cachuchas de beisbolistas lucían propagandas de galletas, refrescos, casas deportivas y más leyendas en idiomas extranjeros”.

El gran mercado, en aquellos años pulso y centro de la ciudad, es espacio vital para el desenlace de este capítulo y los siguientes. No sucede nada específico en él, pero permite dar coordenadas exactas para reconocer los eventos posteriores en la narración, con la ayuda también de otro detalle: “De regreso, recordé que por la calle de los bancos había un paradero de Rápidos que me llevarían a la Facultad”. Los Rápidos era una compañía de camionetas de transporte público que cubría muchas rutas desde / hacia el centro de Mérida. Aquel paradero era un punto de referencia conocido por cualquiera que cruzara la zona céntrica. Asimismo, la Facultad mencionada alude a la Facultad de Química de la entonces Universidad de Yucatán.¹⁴

¹⁴ La Universidad de Yucatán obtuvo la Autonomía el 31 de agosto de 1984, y es, desde entonces, la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY). Los eventos narrados en estos capítulos ocurren en los setenta.

Llegué y me encontré con los chicos de la sociedad [de alumnos], me explicaron no sé qué de apoyar a los sindicatos. Me sentí enardecida, sin saber a ciencia cierta los porqués. Así, entre las vehemencias y gente que iba y venía, llegó la noche. Tampoco me expliqué en ese momento la intervención de la policía, los disparos, los culatazos y las mentadas de madre. Los gases lacrimógenos y el disparo que mató a mi compañero que andaba por las azoteas, Un compañero ocasional me sacó en una moto. Lloré después en mi casa, a solas...

Estas escenas enmarcan de manera espacial y temporal los acontecimientos violentos que dejaron su huella en toda la sociedad. Refieren el inicio del sindicalismo yucateco, la formación de los primeros sindicatos en la Universidad de Yucatán, bajo la asesoría de Efraín Calderón Lara, y el asesinato de éste, apodado El Charras. Sin nombrar a los involucrados, es clara la intención de Alfaro al ambientar esta sección de las memorias como parte del activismo. No quita el dedo del renglón e insiste en mantener ese eje de protesta a lo largo de la narración, que es, finalmente, el hilo que une la historia de la narradora-protagonista con las tres parejas sentimentales, Pedro, Mark y Daniel.

En *Me morderé la lengua* miramos estos momentos de batalla trasladados a la esfera de la lucha por la igual-

dad de género. La desastrosa y desigual experiencia con Pedro, el hombre controlador y destructivo; con Mark, el extranjero idealizado que la consume en otra vivencia de desigualdad; y, finalmente, con Daniel, la relación en la cual se cambia la pasión por una especie de contentamiento (que no llega a la felicidad). Esta última es una relación en donde el amor compartido es un activismo, cuya llama al parecer arde en sitios distintos —para ella, en la lucha de género; para él, en el activismo campesino—: en el espacio narrativo de *Me morderé la lengua* resultan incompatibles.

Como trasfondo se encuentra siempre el “qué dirán” de los padres de ella y su interés en mantener el ideal de la niña-niña y evitar su empoderamiento como mujer. El murmullo constante de los padres, cimentado en una vida y creencias tradicionales, funciona a la manera de un coro en oposición a la voz de la protagonista. Así, semejante a un eco a lo largo del texto va resonando el peso de la educación tradicional dirigida a la mujer en expresiones como éstas: “—A las mujeres nos educan para servir... a un hombre”, o “Las familias no aceptan la existencia de mujeres, sólo de niñas, de niñas-niñas, que cuidarán su virginidad para su único y verdadero ‘amor’”.

Esta “niña-niña” es en sí un personaje más, el *alter ego* de la narradora, y a quien Alfaro a lo largo de la novela

trata de dismantelar. Hacia el final, en el capítulo XIX, significativamente titulado “Me morderé la lengua”, la protagonista finalmente reconoce una parte de este proceso y logra maldecir a la niña-niña, quien no vuelve a ser nombrada en el texto: “—¿Por qué carajos nos educaron para vivir en pareja? ¡Coño! Antes, ni siquiera emitía ‘malas palabras’, tan lejana se encuentra la niña-niña”.

La eliminación de la niña-niña por parte de Alfaro plasma sencillamente el acto de rebeldía que es *Me morderé la lengua*, y de manera muy humana registra el dolor y los sacrificios de la narradora (de nosotras). No es una batalla que avanza de manera constante y paulatina, hay pasos hacia atrás, y hay momentos cuando se agota, pero continúa: “Hablabo cuando él quería, callaba cuando él deseaba. Al fin y al cabo, sólo era una mujer”, exclama en el capítulo X; y en el XVII, de nuevo la desesperación de la soledad percibida ante una sociedad que no es solidaria: “Por el rumbo, me llamaban ya la abandonada. Las mujeres siempre hablan mal de las mujeres, pero las siguen saludando y les sonrían”.

Tampoco es una obra que da soluciones, sin embargo, no teme decir las cosas como son y Alfaro la utiliza para explorar estos espacios diferenciados de lucha y de dolor. Hace hincapié en un mundo en el cual los movimientos de género avanzan desde el silencio y, como lo harán también otras escritoras de la generación, decide

convertir el silencio en arma poderosa. Al respecto, son importantes las declaraciones de Alfaro en torno a las discusiones generadas sobre el título de esta obra, y afirma en las palabras introductorias de la presente edición: “el título lo refiero al silencio en el cual mantenían a las mujeres de mi tierra, a la obligación de convertirse en la mujer de, a la imposibilidad de la independencia de una soltera o viuda, a la falta de respeto a quienes optaron por el divorcio, y las ofensas y desprestigio lanzados a todas ellas”.

Sin embargo, hace esta aclaración con cierta ironía mordaz, pues en su obra, como también en la de contemporáneas como Carolina Luna,¹⁵ la declaración “Me morderé la lengua”, explícita y en tiempo futuro, mantiene vigentes la denuncia y la lucha; no es una batalla llevada a cabo y resuelta en nuestros ayeres. En este contexto, el maldecir de la narradora —quien se niega a ser silenciada— es aun más significativa.

A treinta años de su primera edición, *Me morderé la lengua* ofrece una posibilidad de lectura que permite yuxtaponer tres épocas (1970, 1990, 2020) distintas entre

¹⁵ De Carolina Luna ver, por ejemplo, el cuento “Secreto a voces”, en *Prefiero los funerales* (México, Tierra Adentro / CONACULTA, 1996), en el cual la personaje principal, Gabriela, narra en silencio el proceso que la lleva a tomar la decisión [y el sacrificio] de abandonar a su esposo e hijos.

sí, pero sumamente vinculadas al leerlas de esta manera. No es una novela llena de esperanza: evidencia claramente las continuas violencias y los abusos; así también, nos invita a conocer las delicias del amor y el deseo. Su pertinencia hoy reside en esa honestidad desprendida de la narración en primera persona, y del conjunto de personajes cuyas voces se escuchan de manera directa e íntima, como si nos invitaran a participar también en los hechos.

La lectura de *Me morderé la lengua* ofrece, desde luego, nuevos aprendizajes en el siglo XXI, pues lo que fue narrado en su momento como una anécdota amorosa (con un mal desenlace), en la actualidad lo reconocemos y entendemos como violencia de género, producto de un profundo machismo (en una historia que se repite, con variaciones, en los tres episodios de las relaciones de pareja). La novela visualiza esta vulnerabilidad y nos invita a denunciarla por lo que es. Hoy más que nunca pensamos, pues, en las palabras colocadas al inicio de esta presentación: “¿Cómo evitar cientos de años de manipulación de roles femeninos, de roles machines?”.

Existe, no obstante, una situación extraña y contradictoria en Yucatán —situación que prevalece, aun después de décadas de reclamos sobre la marginación y aislamiento de las literaturas regionales—:¹⁶ a pesar de la abundan-

¹⁶ Al menos desde la década de los ochenta, cuando regresó Joaquín Bestard Vázquez de la Ciudad de México (donde

te relación de obras, de escritores y casas editoriales, de comprometidos investigadores, e incluso de planes de estudio universitarios dedicados a la literatura latinoamericana y/o hispanoamericana, resulta que los lectores somos aún muy pocos. En las aulas universitarias que conozco son escasos los estudiantes que leen escritores yucatecos, y sólo es un pequeño porcentaje el que decide estudiarlos a profundidad.¹⁷

La accesibilidad de la colección *Novelas en la Frontera*, que opera desde una plataforma digital, atractiva y dinámica, es un excelente espacio para volver a lanzar obras como la que nos ocupa aquí, de Melba Alfaro (y otras novelas cortas incluidas en este proyecto, como *Canek* —1940—, de Ermilo Abreu Gómez y *Eugenia* —1919— residía desde los años sesenta, y donde tuvo sus primeros éxitos como escritor a nivel nacional), contaba acerca de las advertencias de sus colegas escritores de la capital: al volver a la provincia encontraría la muerte como escritor. Tal era la discriminación hacia la producción creativa regional. En contra de esta exclusión, Bestard dedicó toda una vida a escribir en, desde y para Yucatán, con ojo crítico y con visión de maestro, creando talleres y espacios de discusión para las nuevas generaciones.

¹⁷ Afortunadamente, los más leídos son escritores en lengua maya, entre los cuales Ana Patricia Martínez Huchim figura como el equivalente a un *best seller*, y su obra es objeto de estudio de varias tesis y trabajos de titulación de la Universidad Autónoma de Yucatán.

de Eduardo Urzaiz: <https://lanovelacorta.com/novelas-en-la-frontera/eugenia.html>). La lectura de estas obras, tan cercanas a nuestra propia experiencia regional, nos revela a nosotros mismos, nuestras genealogías, y los vínculos, así como las rupturas con el pasado, que informan nuestro presente y transforman nuestro futuro. ¡Atrévase a leer!

ME MORDERÉ LA LENGUA

Camino hacia el frío.

Espero los golpes, los cobros de la vida por permanecer en ella.

Disfruto la maldad en nombre del creador: obtengo la soledad.

Me morderé la lengua, la sangre impedirá que mi voz irrumpa en sus oídos.

Esperaré que se duerman los monstruos para acariciar sus sienes.

Es la noche y sus fantasmas, los crímenes se sujetan a llenar tus ojos impíos; buscas incansable los sonidos de la naturaleza; trozos de voces desgarradas, mal cantadas, semidormidas.

Es esencia mal parida en el fango y la neblina, imprimiendo cristos enternecidos en la llanura, en la comisura de los labios, en tu piel: trigo limpio, en manos sensuales que claman las respiraciones candentes, el ultraje siempre esperado, la guerra inconclusa, la sociedad perdida...

I LO COTIDIANO

Quizá te parezcan las historias cotidianas, que no capturan ya la atención, pero Danielito, a Rodrigo le encanta escucharnos, sobre todo le gusta escucharlas de tus labios, brotar por tu boca, eres buen cuentero... Está bien, llamaré a Rodrigo. De acuerdo, si te fastidia repetir las, no lo hagas. Regresemos.

—¡Rodrigo!, ¡Rodrigo!

Qué chistoso te ves, ¿no te puedes ver? Bueno, imagínate. No, mejor te describo... mmmm. Daniel descrito: tu sombrero está pasado de moda, y tu chaleco..., ¡mira!, parece que se escapó de un cuadro de Van Gogh. Ya sé que mis pantalones de mezclilla y mi saco tampoco van con la moda, ni con el clima, ni con la edad, pero... tu sombrero..., tu horrible sombrero...

¿Jugamos a las carreras? Seguro nos ganará Rodrigo. No seas rajón, ya se ven las torres del casco de la hacienda..., mira los pinos, graciosos, ¿no? ¡Pinos!, entre roca y caliza, entre magentas y rojos, bajo el sol potente,

muy, pero muy por encima del agua... Se ven lindos custodiando la casona. No seas perezoso.

A mí también me encanta este ambiente. Deberías procurar que tus amigos nos inviten con mayor frecuencia.

Aprisa, caminemos. Me conforta observar nubes, pájaros y azul en el cielo.

Deja que enrede mi brazo en el tuyo, ¿sabes? Ya forma parte de él.

Cuando era pequeña me prendía del brazo de mi abuelo, era un truco, según yo, para no andar, pues enseguida me alzaba y evitaba que fatigara mi cuerpo. Caminaba entre sus brazos..., sonó a título de canción, ¿no te parece? Pues sí, caminaba entre sus brazos por lugares y espacios semejantes a éstos, anchas brechas, ramas secándose, polvo, olor a excremento vacuno, humedad..., calor.

No me acercaré al corral, los animales astados me causan miedo, ya lo sabes. Sólo una vez asistí a la corrida de toros y fue terrible la experiencia. Sí, soy de estas tierras, pero ya sabes que a la vez no, lo hemos discutido tanto.

Sí, sí, me gusta el campo, o lo que por acá se llama campo.

Han pasado muchos años para que aprenda a disfrutarlo, a él y a su gente. Tè lo debo.

El lunes, ¿te irás de grilla? Es juego. ¡Caramba! Últimamente te estás poniendo muy serio. Obtendrás el color del caimito a pesar de tu semiblancura. Ya me acostumbré a tus andanzas.

—¿Parezco tu mujer?

Antes de irte, ¿tocarás algo para nosotros? No, el *Réquiem* de Mozart no.

No me lames de esa manera, te has vuelto un Daniel Histerias.

¡Ah!, Rodrigo pasará las próximas vacaciones en casa de Pablo.

¡No seas necio!, mi cinismo aún no llega hasta soportar beber café y comer pan con mantequilla a su lado, departiendo como “amigos”.

¡Apúrate! Martha espera el almuerzo, come y marcha a la ciudad, no puede demorarse. Sí, es una buena amiga, se puede confiar en ella. Nos lo demostró en aquella ocasión, la de la madriza. Ya sé, mi madre diría “¡Jesús, qué vocabulario!”.

Ahora, en serio, ¿vas a lanzar tu candidatura? Si estás más quemado que el cacao para chocolate... ¡Claro que te ayudará! Me encanta rezongar contigo, es la costumbre.

No, no me cambiaré de hogar. Tè pareces a mis padres, a Rodri, a todos. ¿Cuándo entenderán que me gustan los espacios pequeños para habitar y que prefiero estar sola..., sola?... Así puedo...

Ese pozo me gusta, cuando era pequeña acostumbraba treparme al brocal del que estaba en casa de mi abuela, ése del que te hablé. Era muy curioso, la mitad de él correspondía a mis abuelos, la otra mitad a los vecinos. ¿Que para qué nos trepábamos? Para colocarnos los zancos. Desde la orilla resultaba más práctico, imprudencias infantiles, estoy de acuerdo, pero divertidas...

Ese medio pozo cubierto de macetas, rodeado de azulejos, fue yunque para aplastar cuanta tapita llegaba a nuestras manos.

¿Qué?, ¿nunca tuviste zancos? De lo que te perdiste. Antes de que el abuelo mandara a construir unos de madera para obsequiarnos, nosotros ya fabricábamos los nuestros con latas, esas latas enormes de leche. Por supuesto que, cuando tías y madres nos descubrían, sobrevenían los castigos.

Al frente del pozo estaba la explanada de las tardes. El abuelo la mandó cubrir con losetas de dibujos floreados en azul y rojo. Casi experimentábamos pena al girar y girar con los carritos y las bicicletas sobre ellas.

Tienes razón, conforme pasa el tiempo, la infancia se torna más vívida, tanto las etapas felices como las amargas. Me gustaría que sólo vinieran a mí las felices.

Tú sabes que aún espero, ¿qué?: que la vida me pague bien por vivirla. ¿Ríes? Reiré también.

No coman tan deprisa, retornaremos a Ciudad Ruidosa tranquilos, aunque ahí nos aguardan la noche..., sus fantasmas...

II ES LA NOCHE Y SUS FANTASMAS

En las horas de espera se pierde la vida, larga confusión del deseo y del puedo.

—Deseo... Deseo... Deseo.

El blues se extiende hasta mi boca, saxofón y voces negras sensuales, dolientes, cadenciosas, la hacen exhalar.

La mayoría de los proyectos se ha truncado y las fallas se deben a los múltiples equipajes de caricias que se han mudado de cuerpos, en la búsqueda sin término del sueño con el cual crecen a las niñas, con la fantasía sin límite de amplios horizontes, de aquel estereotipo de amor para las chicas lindas, de aquel príncipe azul, opacador de otros cariños, protector, sabio, conductor al placer perenne, surcador de los cielos, quien morirá en la consecución, guarda y disfrute de “el amor” de la poseedora de todas las virtudes y cualidades: *¡Yó, tarán!*

La mayoría de los proyectos se ha truncado. En las noches los fantasmas resurgen. Me he acostumbrado. Es como si quisiera abrir todas las cicatrices en su in-

tento de perderme de los sueños y yo, a mi edad, he aprendido a convivir con ambos.

En las horas de la eterna espera: el pasado..., Voz Madre, Voz Abuela.

—Estudia.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Para que puedas ser una triunfadora; para que obtengas dinero, para que puedas ir al salón de belleza y estés siempre linda y le gustes a alguien, en fin, para que te desarrolles y seas feliz, siempre linda y agradable para el resto de la gente.

—Yo no voy a estudiar, sólo me casaré con un hombre guapo y rico.

—¿Crees que un hombre rico y guapo va a querer a una mujer no preparada? Se avergonzaría de ella. Los hombres ricos quieren a mujeres inteligentes y cultas. Los guapos, a las más bellas. Por eso debes aprender a estar muy presentable para que se sientan orgullosos de caminar contigo a su lado, y que no te dejen atrás, caminando sola. En fin, vete a estudiar. Si no estudias, nadie te hará caso.

—Ya lo veremos.

—¡Niña grosera!

—Niña fuego.

Fuego que necesita del fuego para sentirse poderoso, lumínico, devorador de obsesiones y productor de

hálitos candentes, que se atreva a decir siempre, siempre, lo que en verdad desea o rechaza.

Fuego de la naturaleza que crece y se agiganta, fuego producido por los vaivenes sociales, fuego que quema la lengua y la consume en la espera de que lo escuchen.

La mujer espera eternamente. ¿En qué consiste?

—Es la educación que necesitan para ser ejemplares dentro de la sociedad.

—¿De verdad madre-abuela-hija?

—De verdad, medítalo.

III MEDITACIÓN NOCTURNA

Bajo el influjo de la voz de Mireille: tu esencia. Violín y cuerdas del seno que se desgarran para, convertidas en efluvios, emerger entre verdes cortinas en busca de las sombras hasta desvanecerlas y capturar tus interiores. Anhelos no cumplidos.

Violines y gritos de sensiblerías nocturnas: te extraño, hombre.

No romper con lo que me llena y retroalimenta evita mis incendios en tu hoguera. Es la madrugada, hombre. Me haces falta.

—Hombre Imagen: cada día que pasa la loza se acerca más a mi cuerpo, pequeño de grandes ansias, delgado y lleno de besos comprados a través de la sumisión, de la negación a descubrir sus potencias de trabajo y goces.

—¿Goces? Las niñas buenas ¡no gozan!

—Cada día que pasa la loza se acerca más y sigo deseando “besos para redescubrir que me equivocaron y por eso un hombre no llena..., no llena, no llena...”.

—¿Eternamente el descontento?

—No desesperes.

Cada día un individuo. Cada individuo un prospecto principesco. Cada individuo:

—Me gustan sus manos, pero...

—Me fascina su cuerpo, pero...

—Me enloquece su inteligencia, pero...

—Necesito su sensualidad, pero...

—Me inundas de cariño, pero...

—Contigo me siento importante, pero...

“No me vuelvo a enamorar totalmente...”. *¿Por qué?*

“Porque... ¡nadie comparte! Todos absorbemos, nos introducimos como aradores y desgarramos. No sabemos hacer crecer al otro, a la pareja. Sólo yo, ¡sólo yo! Y todos... y todas... ¡para mí!”.

Es la meditación nocturna desde que tengo uso de razón. No puedo conciliar el sueño sin el autocastigo a mi psique. Es la inconformidad por el papel de mi sexo, ¿de los sexos? Bueno, de algunos sexos.

Cigarro tras cigarro, humo con fondo musical, miro la gran cantidad de zapatos colocados en los anaqueles del guardarropa. ¡Qué curioso! Están colocados por colores y vidas interrumpidas... Pablo... Pablo... Pablo...

IV PABLO

Fue mi compañero en la primaria. Desde el primer día de clase, en el primer grado, la maestra optó por separarnos, porque sólo nos veíamos y nunca prestábamos atención a las explicaciones.

Lo sentaron en la misma fila que la mía, sólo que en el último mesabanco. En mi nuca sentía su mirada infante y yo no podía dejar de girar la cabeza para buscar su figura. Me gustaba mirarlo, invariablemente descansaba pecho y brazos cruzados sobre el pupitre y efectivamente siempre me estaba mirando.

Durante los recreos cuidaba que nadie se acercara al baño de las niñas hasta que yo saliera. Pasaba por encima de los otros chicos con tal de conseguir, antes que nadie, los refrescos y las tortas. Al degustarlos nos quejábamos de la vieja regañona y gorda.

Pablo odiaba los días de jura a la bandera. Esas dos horas de siete a nueve tratando de entender lo que los compañeros cantaban o declamaban, tratando de no dormirse en las peroratas magisteriales, tratando... Siempre acababa por patear, jalar, golpear o insultar a otro niño. Pablo odiaba las clases de canto. Se burlaba de la voz aguda de la señorita Mimí, chaparrita, gordita, con el pelo gris y muy berrinchuda. Por sus odios lo retiraban una hora después de que los demás salíamos... Me daba pena. Me parecía que eran injustos con él. ¿Acaso no decían que deberíamos ser auténticos, honestos, decir lo que pensáramos y lo que nos gustaba o no? Entonces, ¿por qué lo castigaban por serlo?

Por mí pasaban pronto. Nos despedíamos a través de la reja café. Algunas veces llevé frutas en mi mochila para dejárselas y que no sufriera por hambre.

Vivíamos por el mismo rumbo. Nuestros padres no eran amigos.

Los sábados después de la doctrina, si regresábamos con nuestro cupón a la casa, a los niños del barrio nuestros padres nos daban un peso. Con él acudíamos al taller de don Víctor para rentar bicicletas. Justamente nos costaba un peso la hora.

En el taller las había de todos tamaños, clases de asientos, colores y formas de los manubrios. Con ellas sufrí varios accidentes.

En una ocasión no pude frenar y choqué contra un coche de caballitos; en otra, persiguiendo a un meringuero me estampé en la pared de una calle ciega; y cuando estuve en quinto grado, me atreví a realizar malabares con una pierna, sin brazos o parada en los diablitos mientras alguien manejara; Lichi manejó y me subí a los diablitos. Se enredó mi zapato en la rueda y me desprendió el calcañar. Acabé en la Cruz. Por un buen tiempo, no me dejaron más que sentarme en el sillón de petatillo a las puertas de la casa y mirar cómo se divertían los otros niños.

Pablo estuvo presente en juegos y regaños. Presenció mis caídas y recaídas.

Pablo me acompañó en muchos ayeres...

V
PABLO EN EL AYER

Pablo, Pablo... Zapatos de tacón cuadrado y tiras delgadas en los tobillos; zapatos que te hacen sentir mujer sensual. Chicle que masticas porque viste en una película mexicana que los hombres enloquecen con cierta forma de masticar. *Pareces “arrabalera”, con esa forma procaz, provocativa, de mal gusto que invita a lo prohibido. Imagen de posguerra, de clases bajas, de mujeres hechas para entregarse por el puro gusto de compartirse.*

Pablo trabajaba en el taller mecánico de su padre. Era bueno y lo estaba. Magnífico jugador de baloncesto. Admiración de las compañeras de la escuela. Envidia de los chavos. Líder nato. Mi Pablo...

En grupo, los jóvenes solicitamos permiso para realizar el baile en la casa de Chucha.

La madre de Pablo, mujer enorme, matrona abnegada, cómplice de nosotros, asistió a la fiesta. Guardiania de nuestros abrazos, avisaba de la presencia de algún otro adulto que pudiera reprendernos.

Cantamos, reímos, aplaudimos, gozamos alrededor de los huesos que se agitaban al ritmo ensordecedor y estridente del rock.

Las dos puertas del frente de la casa permanecieron abiertas. Los focos fueron cubiertos con papel celofán ámbar, rojo y azul, emulando las escasas discos del momento y las imágenes del cinema.

Las despedidas alegres se sucedieron, hermanos y hermanas solapaban los furtivos besos. Las otras chaperonas acumulaban las visiones para futuros chantajes. El eterno juego de la adolescencia.

Acciones y reacciones, impulsivas, rebeldes, sin la certeza de la rebeldía, sin tomar en serio lo publicado por la prensa o lo dicho por la radio o la televisión. Creyendo en los preceptos de nuestras charlas dominicales en las iglesias y templos, en la justicia que a cada instante comprobábamos su ausencia y su ejercicio.

Pablo... me fue arrebatado. *Lo buscaré siempre.*

Perdí las noches de baile sin sostén. *Si mi madre supiera de mis pechos túrgidos, erguidos, casi sin pezón, perdidos, camuflados en el vestido negro.*

Bailes y vestido negro, senos que descubrió una noche: por ello cada noche dejó resbalar su palma sobre ellos, mientras esperábamos el autobús o caminábamos por esas calles poco iluminadas, sin asfalto, destrozando los zapatos

que no siempre eran posibles de cambiar con la rapidez requerida. Caminando sin temores, porque estábamos juntos en el descubrimiento.

—Buscaré incansable las promesas.

“Sueña que te sueña, sufre que te sufre... Sueña que te sueña, sufre que te sufre... Sueña que te sueña, sufre que te sufre...”, por la radio, por la radio.

“Ojalá que te vaya bonito... Que te den lo que no pude darte... Nunca más volveré a molestarte... Cuántas cosas quedaron prendidas hasta dentro del fondo de mi alma...”.

Los pájaros siempre rodearon las mañanas colegiales. Fueron los testigos de las miradas juguetonas, pícaras, producto de las noches, días y tardes mentidas a los adultos.

“Sin ti, ¿qué me puede ya importar?”.

Después el juego fue con uno, otro, otros, varios a la vez, en el intento de localizar aquel ser que acepte, que me acepte, sin importar el pasado. Pablo Pasado.

“Es la historia de un amor como no hay otro igual. Y si ya no puedo verte...”.

Cierto es que la abuela pensaba en mi futuro. Y la abuela ¡vaya que influía en mis padres! *Es mi hijo, tiene que comprender lo que le digo. Es mi nuera, debe hacer lo que queramos mi hijo y yo. Es mi nieta, un encanto, casi una señorita, pero aún es una niña, le encantan las muñecas y las caricaturas.*

Pronto olvidó la abuela que se casó a los catorce años, que tuvo ocho hijos, que su marido fue un hombre apasionado.

—Pobre de mi hijo, su mujer no puede concebir más.

—Perderemos el apellido, fue mujer.

—Como hombre, seguro buscará por otro lado cómo preservar la continuidad de la sangre.

Pablo... me fue arrebatado, arrancado. ¿Por qué? Si lo había tenido siempre.

—Eran unos niños. Los niños pueden jugar. Cuando comienzan a crecer es... distinto. Existen diferencias, la madre de Pablo... pasa mucho tiempo so-la, su marido... sa-le cons-tan-te-men-te de via-je. ¿Qué clase de educación puede tener?

—Es pobre.

—Es vulgar.

—¿Mira dónde vive!

¿Y la caridad? ¿Y el amor? ¿Y la decencia? ¿Y el deseo de superación? ¿Y las cualidades innatas? ¿Y Pa... blo?

“Y yo que ni un momento puedo estar lejos de ti... ¿Cómo iba a estar la vida entera ya sin ti?”.

Nadie se dio cuenta del doble juego que en mí se incubó a partir de aquella decisión familiar.

“¿Por qué sufre mi corazón por culpa de ese amor?...”.

Crecí recordando... aquellos tiempos compartidos, pertenecidos...

El primer grado de secundaria me vio jugar voleibol y salir de excursiones. El segundo, impartir doctrina y hacer novenas a la Virgen de Guadalupe.

Pablo jugaba baloncesto y asistía a la iglesia.

Quise aprender acerca del sexo. No me atrevía a preguntarle a mi abuela, menos a mi madre. Un compañero me llevó un día a la escuela un libro de su hermano que estudiaba medicina. Ahí descubrí los bosquejos del pene, testículos, labios mayores...

—¡Qué feos!...

Empecé a tratar de imaginar cómo se colocarían los varones aquellas cosas que les colgaban. ¿Cómo es que no se notaban?

Con el pretexto de los entrenamientos, me escurría con Pablo detrás de la arboleda y nos besábamos.

Un día noté una protuberancia caliente cercana a mi vientre y... me gustó, intrigó y tuve miedo.

Asistí con mayor fervor a los servicios religiosos, quería pagar mis pecados. ¿Por qué lo pecaminoso gustaba tanto?

Otro día, nos escapamos en grupo a la playa. Nos escondimos detrás de las dunas. Los juegos en nuestros cuerpos se hicieron más serios, más ardientes. De ahí en

adelante nos hicimos novios, pero sólo lo sabían unos cuantos amigos y la madre de Pablo. A mis padres ni loca se los mencionaría.

Cuando se enteraron, me fue arrebatado. Y en venganza, ¿qué haría?

—Intenta enamorarte de otros chicos.

Mientras Pablo estuviera en la misma escuela que yo, imposible.

Me cambiaron. Eso no impidió que existieran sitios de reunión que compartiéramos, pues nuestras casas eran vecinas. ¡Vecinas!

A Pablo como que dejé de importarle y me dio tanto coraje que...

Después, los intentos, los hombres conocidos, hombres prospectos, playas agotadas. Aquellas aguas donde se sumergió, donde encontramos abismos paradisiacos, hondonadas que son difíciles de abandonar.

El ser humano es un animal de costumbres. La sensualidad es una costumbre vetada a las niñas decentes. Por eso mienten las niñas. Las familias no aceptan la existencia de mujeres, sólo de niñas, de niñas-niñas, que cuidarán su virginidad para su único y verdadero "amor". Por eso mienten las niñas, por eso mentí, por eso mintieron y mentirán.

—¿Cómo se aprende a besar?

—Con la práctica.

—¿Y con quién practico?

—Tu marido te enseñará.

—¿Y él con quién aprenderá?

—No seas insolente, los hombres son hombres. Ya sabrán cómo le hacen.

El descontento, el grito, el canto mutilado, la voz quebrada.

Miraba a Pablo de reojo, mientras entonaba el himno de alabanza al Salvador de la Tierra, miraba a Pablo mientras fingía entretenerme en los otros jugadores de baloncesto. Miré a Pablo cuando caminó con Lorena Ojos Verdes y me sentí perra.

"Te quise una vez con el corazón y me pagaste con mentiras y maldad": La radio fue el objeto que más me comprendió en aquel entonces.

Después, el coqueteo con los compañeros de Pablo. La carga de ansiedades no calmadas. Todo discreto y queriendo más, más..., no lo encontré. Sólo logré ingresar al grupo de chicas locas y jaladoras, pero en la escuela. En la casa, seriedad, estudio y faldas largas, aquéllas que doblaba por la cintura apenas pisaba el umbral de la escuela.

La preparatoria me vio como una chica boba, pues asistí a todas las vaciladas, pero... *No tiene cerebro. / No tiene gracia.*

En la casa me vieron como la chica virtuosa, maravillosa y angelical. *Mi muñeca.*

Los jóvenes me buscaban. Al fin y al cabo, era la alumna más destacada en matemáticas.

Por las noches me refugiaba en el umbral de la puerta café, apagaba las luces, encendía el tocadiscos y me evadía en las canciones.

—Esa niña está mal de la cabeza.

—Todas pasan por la edad del pavo.

—Es natural, ya se le pasará.

El cabello lacio, castaño, demasiado escaso para mi gusto, lo corté.

—Pareces hombre.

¡Qué bien me sentía! ¿Me sentía bien? Entre mis venas, la libertad de correr hacia los dedos de Pablo se retorció. ¿Es posible perder la razón?

—Esa niña está obsesionada.

—Pero... nada dice.

—No es necesario, por algo soy vieja.

Imaginaba mil maneras de torturarlos, de devolverles lo que me hacían sufrir; deseaba que me pi-die-ran dis-cul-pas.

Imaginé mil historias nocturnas, mil finales felices, mil principios dolorosos. Busqué umbrales de arquerías,

umbrales en la hacienda, umbrales en el templo, umbrales en las faldas de abuela, en la edad y el tiempo. Me atrajo el silencio, la muerte, la oscuridad.

¿Dónde iremos al ocultarse el sol?

¿Cuál es mi destino?

VI
EN EL UMBRAL

El destino en la Tierra lo inunda la oscuridad, lo cierto es la muerte. Lo cierto son los recuerdos mediatos y las posibilidades —al extremo de mis días— de otra mujer que será habitada por los miembros que me poseyeron.

Espero el acorde del violín final. *Mujer cursi. / Mujer revista.*

Arpa inmortal vibran tus cuerdas al roce de cualquier dedo.
Tienes notas angélicas, rumor de armonía y belleza.

Arpa inmortal quiero... Lo anterior fue idiota y, sin embargo, para ser sincera, no sólo en el umbral he querido, he querido siempre los imposibles, las fantasías de Hollywood, de Walt Disney.

Añoro a mis muertos, padre, Mark, madre, llantos silenciosos por los amores perdidos, por los tiempos de sufrimientos del ayer.

“Cómo quisiera, ¡ay!, que tú vivieras” (Juan Gabriel y Rocío Dúrcal, Televisa y mi niñez).

Existen tantas clases de muerte.

Las Mañanas Influjo, las mañanas en cualquier sitio de la Tierra revitalizan los latidos de mis entrañas, sólo temo a esa maldita oscuridad que en el umbral percibo. No he terminado de amarme.

En el umbral exijo mi derecho a creer que siempre he estado sola. Exijo el derecho a la cursilería, a la chochera, a los trastornos hormonales, a dejar de usar cremas y maquillajes, a encerdar.

No soy vieja en cuerpo, sino en alma. *¿Quién se atreverá a cruzarla para disfrutar lo que queda de sincero, lo que ha sido intransferible, lo que me hace distinta ante mí y ante los demás?*

En el umbral, exijo mi derecho de ver realizadas las conminaciones de aquéllos mis lejanos seres mayores.

—¿Cuándo vendrá mi hijo? Es tan niño. Lo amo. ¿Soy buena para con él?

VII MI HIJO

Le puse Rodrigo. Ya había terminado la carrera cuando lo tuve. Pablo, aparentemente, estuvo dispuesto a llevar la responsabilidad junto conmigo. No fue así. Lo más que hizo fue casarse conmigo y abandonarme con el pretexto de labrarse un destino mejor. El niño escuchaba de mis labios las historias de amor que mi fantasía editaba ex profeso para crear un padre ejemplar.

Cuando pudo hablar claro, quiso conocerlo, Pablo se negó. Pedí el divorcio. Demasiada violencia social y familiar. Mi naturaleza débil la escondí en la seguridad de la libertad económica, mas no había sido educada para sobrellevar la otra libertad, la de no depender, ni psicológicamente, de un hombre: no hubo divorcio.

Rodrigo pasaba la mayor parte del día en una guardería. Casi por la noche, con los remordimientos del abandono, detenía el carro y sorbía junto con Rodrigo las lágrimas de la maldita soledad a la cual lo arrastraba por mi inestabilidad, por mis luchas ante la verdadera

razón de haberlo concebido. Llegué a pensar que me pesaba la responsabilidad, incluso pretendí, por los medios legales, dejárselo al padre.

La búsqueda del hombre ideal la inculcaba en mi hijo. Él tenía que ser fuerte, guapo, inteligente, respetuoso, cortés con las damas, coqueto, buen bailarín. Magnífico músico.

—Llegará a dominar varios idiomas.

Lo convertiré en un hombre, como tantos otros, que ama a la madre ausente, a la madre que procuró estar lo más lejos posible de él, para dejarlo en su urna cristalina y protectora.

Mi hijo quizá busque una madre como compañera.

No lo conozco.

Lo he tenido conmigo gran cantidad de tiempo, me acompañó en mis cambios de casa a departamento y viceversa cuanto fue necesario.

Ha sido amigo de mis amigos. Paciente conmigo. Compañía y brazo en el cual apoyarse para dormir ciertas noches, las que no tuve otra compañía.

Pero, insisto, no lo conozco.

Crecer a su lado ha sido eterna lucha. *No existen escuelas para padres.*

Se anunciaban algunas cuando Rodri tenía cinco años, pero me parecieron siempre una farsa. Cada madre lleva una relación distinta con el hijo, simple y sencillamente

porque los seres humanos en sí son diferentes. Por lo tanto, no existen recetas ni fórmulas para padres en la práctica.

Se ha vuelto muy independiente. No pude lograr que estudiara idiomas, no le gustaron.

—Existen otras maneras de comunicación. No te preocupes.

—¿Y por qué nosotros tenemos que aprender otro idioma y los otros no?

—Está bien, no sufras, madre, estudiaré uno, pero más adelante.

He querido ser su amiga. Me platica de muchas cosas, pero no de todas las que quisiera.

Con Daniel ha aprendido a dialogar de política, pobreza, marginación, fracaso revolucionario, farsa educativa y otras lindezas que nos rodean. Los golpes a los que nos enfrentamos.

Los golpes... “Son golpes que da la vida... Son golpes que da la...”.

VIII ESPERO LOS GOLPES

El mercado rebozaba, charcos lodosos, flores, tamales, calabazas, masa, pozole, atoles y cada vez más gente de tenis y morral confundida entre ropas de ejidatarios y leyendas gringas. Las cachuchas de beisbolistas lucían propagandas de galletas, refrescos, casas deportivas y más leyendas en idiomas extranjeros.

En mi afán de localizar a Pablo, tuve que atravesar el mercado. Quise comprar el periódico, pero tenía miedo de quedarme sin dinero, había salido tan de prisa. El diario y el pasaje costaban lo mismo, ¿y si Pablo no se encontraba? Una nunca sabe qué puede ocurrir, no, lo mejor es sacrificar la curiosidad y no leer el periódico, ya me enteraré de lo que ocurre con la huelga de los estudiantes de la Facultad, cuando me encuentre con Edie.

La gente se me quedaba mirando las uñas y los labios color melocotón, el bolso Valencia, los zapatos Saint Laurent, la blusa francesa de seda color melocotón y el pantalón negro. La gente se quedaba aspirando

la fragancia de mi perfume Dior. Definitivamente no era común encontrar a una mujer vestida de esta manera, en ese lugar a las 5:30 de la mañana.

Los autobuses no cooperaban para el encuentro. Muchos letreros decían que había tránsito y viajes desde las 4:30 a. m., pero no llegaba ninguno. Me sentía bastante intranquila y nerviosa, lejana a la gente, al pueblo, a ese pueblo que encomiábamos y por el cual luchábamos verborreicamente en los coros estudiantiles.

Necesitaba con urgencia hablar con él, explicarle lo de los turnos y las guardias. No podían subirnos las cuotas de las colegiaturas mientras los de arriba gastaban en desayunos, viajes y viejas.

Gastaban en nuevos edificios, en pagarle a ciertos compañeros de aula para que soplaran todo lo que ocurría dentro de ellas.

Los jóvenes pertenecientes a las sociedades de alumnos se consideraban todopoderosos. Se los hacían creer porque les daban dinero para organizar bailes que se convertían en bacanales, en orgiastas.

Los maestros nunca daban clases, los que eran abogados se dedicaban más a sus despachos, los médicos a sus consultorios, los ingenieros a sus construcciones y así seguía la lista.

Los poco conscientes de lo que realmente ocurría nos encontrábamos tachados de rojillos, socialstoides, comunistoides. ¡*Antropoides!*

La mayoría de las veces nos memorizábamos los textos para luego jugar en un volado la calificación.

Algunos otros dedicados a la docencia nos reunían por equipos para aprender entre nosotros, mientras ellos leían los periódicos o terminaban trabajos pendientes de otros salones, o de otras escuelas.

Es verdad que muchos podíamos pagar inscripción, exámenes e incluso colegiatura, pero “por algo la revolución hizo necesaria la enseñanza gratuita”.

Recuerdo que las más cumplidas eran las pocas mujeres que nos impartían una especie de cátedra, pero ellas siempre nos devolvían las tareas llenas de café, leche, mermelada o lo que les hubieran tirado sus hijitos.

El camión tardó veinte minutos en llegar al lugar de la cita con Pablo.

Como supuse, no se encontró. Cuando se le antojaba, faltaba a nuestras citas sin remordimiento. No importaba lo que tuviera que hacer para encontrarme con él, no valía la pena. *Chica, tú eres la que me busca.* Sí, lo buscaba porque resultaba un refugio a la voz que necesitaba emitir sin tapujos.

Después de la separación adolescente se convirtió en mi obsesión, en mi castigador, en mi verdugo, en mi parte humana sadomasoquista. Era enfrentarse a la sociedad, a las órdenes paternas, era creerse que una hace lo que quiere.

De regreso, recordé que por la calle de los bancos había un paradero de Rápidos que me llevarían a la Facultad. Mis padres, como de costumbre, ignoraban mis andanzas.

“Ellos se lo buscaron”, con esta frase disculpaba mis actitudes.

Me dirigí hacia allá atravesando un parque y pasando junto al edificio de correos. Afortunadamente, se encontraba estacionado un Rápido. Subí junto con un chico de doce años, quien desde ese momento se puso a cantar para ganarse el... ¿pan? Me dolió no sé qué en el pecho. Existe tanta miseria y me había olvidado.

“Don't let me...”. “She loves you, yeah, yeah, yeah...”.

Llegué y me encontré con los chicos de la sociedad, me explicaron no sé qué de apoyar a los sindicatos. Me sentí enardecida, sin saber a ciencia cierta los porqués. Así, entre las vehemencias y gente que iba y venía, llegó la noche. Tampoco me expliqué en ese momento la intervención de la policía, los disparos, los culatazos y las mentadas de madre. Los gases lacrimógenos y el disparo que mató a mi compañero que andaba por las azoteas.

Un compañero ocasional me sacó en una moto. Lloré después en mi casa, a solas, sin saber cómo establecer el diálogo con mis padres, en realidad les había ocultado tanto, seguía siendo la niña-niña, que no piensa, que no siente, que no se impulsa en las pasiones; seguía siendo la mujer que escribía poemas eróticos y leía filosofía y se

enardecía con el existencialismo y se inclinaba con Marx, a escondidas, siempre a escondidas.

Al amanecer inicié el mismo recorrido. Encontré a Pablo en su casa. No me importaba lo que pensara su familia. Su padre me recibía con recelo, casi con grosería, no entendía cómo una mujer diferente a su hijo, diferente en todo, en estudios, en clase social, en intereses, lo buscaba. No entendía que yo necesitaba que un hombre, pero no cualquier hombre, Pablo, me demostrara ternura, me escuchara, me brindara su afecto, me engañara con su interés y su aceptación.

Hasta ese momento, pensaba que para vivir mejor consigo mismo, uno debe ocultar el pasado y que debieron aceptarme como era, pero yo, ¿estuve dispuesta a aceptar a Pablo como era? No, en el fondo su padre tenía razón, quería ejercer mi dominio matriarcal a la vez que la sumisión de mujer mexicana y pueblerina. Al fin hablé con él y no pude contarle nada, sólo expresé mi deseo de verlo... Me empeñé en ocultarle también mis verdaderas preocupaciones. La verdad es que asumí dos papeles: de víctima y verdugo. Por eso con Pablo fracasé, como lo haría con otros hombres, con otros trabajos, con otras proposiciones de vidas distintas.

La prensa nos echaba la culpa, durante varios meses se suspendieron las clases. Muchos compañeros acabaron

golpeados y otros en la cárcel. Yo sólo sentía culpa por mi ignorancia y poca participación.

Cuando el gobierno logró justificar lo de los asesinatos, por supuesto, ayudado por la prensa que manipuló todas las noticias, se reiniciaron las labores docentes. Todos los padres de familia sintieron la necesidad que les externaban las autoridades escolares y casi escolásticas: a los jóvenes hay que tenerlos con las riendas bien cortas, desde ahora se establecen nuevas normas para continuar en los estudios y permanecer en las escuelas. ¡Normas! ¡Normas! ¡Normas!, gritaron los adultos en compañía de los dirigentes y mentores (de madres en sus orgifiestas). Así, mutilaron las lenguas, rompieron las plumas, crearon temores y la ansiedad por poseer un título universitario. Nos dedicamos en serio al estudio, ¡total!, cuando lleguemos al poder..., ¡zas! Más adelante conocería de la corrupción y el valemadrismo.

Querimos de horas extras para el estudio. Normalmente nos reuníamos en casa de Violeta, vivía en un fraccionamiento muy elegante, tenía vehículo propio, y terrazas y cuartos amplios y confortables, amén de cuanta comida deseáramos. A veces, nos reuníamos en casa de Cheli. También “normalmente” nos reuníamos mujeres, aunque ocasionalmente llegaran algunos compañeros. Dos o tres ocasiones, mis padres fueron los anfitriones en esas veladas nocturnas.

Una noche descubrí que no sólo salían a comprar tortas y que por ello tardaban. Conocí a partir de entonces las farmacias donde sin receta alguna te proporcionaban anfetaminas y otras clases de pastillas. Por eso aguantaban tanto. Siempre me consideré zángana; hasta ese momento comprendí que estaba dentro del cuadro normal de agotamiento. No las consumí por miedo. Más adelante lo haría por prescripción médica. Por ese horrible dolor en las articulaciones, en el vientre.

IX
MARK

He descubierto que la vida aventurera es mi vida, ¡quién tuviera el dinero para llevarla!

Conocí a Mark después del entrenamiento físico, en la cafetería. Por primera vez me acerqué a una mesa y solicité permiso para compartirla. Hablamos de Latinoamérica. Jugamos a escribir frases en las servilletas. Concertamos citas con los ojos, con las sonrisas.

Al despedirme recibí el viento y la llovizna, me cubrieron las hojas. Me encontraba llena de esas comisuras sonrientes, de la textura percibida en su rostro. Pensé sin remordimiento en Pablo. Por mis venas corría la frase: Las voces de mis hermanos latinoamericanos deben penetrar por los poros del mundo.

Por medio de Mark, conocí cuevas y cenotes. Amigos que realizaban excursiones a los pueblos cercanos, espeleólogos y músicos.

Comencé a asistir a los conciertos. Pablo se diluía ante su presencia. Con su mano me sentía fuerte. Estudié mucho. Quería ser brillante para no parecerle vulgar, cotidiana o de plano estúpida. Otra vez, mis acciones giraban en torno a las expectativas del otro.

Leía como enajenada. Descubrí que era menor que yo y me avergonzaba de saber menos que él. Me alenaba. Seguía todas mis locuras. Compartía mis sueños. Me acompañaba a las clases de solfeo y juntos practicábamos. Tenía la cabellera larga, sedosa, negra y con ondas suaves. Me gustaba enredar mis dedos en ella, sobre todo en la nuca. A él le gustaba que le acariciara la espalda, le relajaba.

Se involucró en movimientos políticos. Me hice eco de sus proyectos. Repartíamos propaganda y realizábamos juntas para organizar las estrategias.

Con Mark conocí a mucha gente, más de la que hubiera imaginado que existiera, que utilizaba la mariguana. Aprendí de sus elevaciones y de sus descensos. Estando con él estaba segura. Fue el segundo líder al cual me ligaba.

Mark murió de una forma extraña. En veinticuatro horas lo enterraron. Asistió mucha gente a su sepelio. Me entregaron sus objetos personales más preciados. Aún los conservo.

A su ausencia, me sentí vacía. ¿Por qué a mí?, le reclamaba a...

Entré en más conflictos existenciales. La existencia de los dioses se convirtió en una farsa inventada por los hombres que ejercían el poder. Me aferré a otras doctrinas filosóficas. Me sirvieron en su momento.

Con la muerte de Mark aprendí a condicionar el llanto. Olvidé el piano y la guitarra. Quemé nuestros escritos. Mis padres empezaron su etapa de considerarme rara o loca. A pesar de todo, vislumbré su cariño hacia mí. Fue entonces cuando tuve la certeza de que me querían. *Mark, amigo, me dejaste algo más que tus sonrisas.*

En la Facultad, me desenvolvía bien. Todos los hombres eran mis conocidos y nadie me llamaba la atención. Percibían mi tristeza.

Los hombres menores que yo comenzaron a inquietarme. Reminiscencia del pasado inmediato, de los rayos que cegaron mis dolores, de la luz perdida, de la seguridad y la autoestima. Dicen que cuando uno reconoce el móvil de sus actos, puede modificarlos, no es verdad. Al menos conmigo no lo fue, ni lo ha sido. Seguía triste.

X
DESPUÉS DE MARK

Y de pronto se renovaron las angustias por la muerte. Los sueños convertidos en pesadillas se poblaron de espíritus, de aguas sucias, de estercoleros, de almas vagando por el limbo, de impotencias, de gritos emitidos y no captados..., en fin..., de impotencias.

Y con las amigas, durante los días de sonrisas forzadas pegadas al rostro, los comentarios:

- Ese rubio me gusta.
- Ese moreno me gusta.
- Ese flaco me gusta.
- Ese atleta me gusta.
- Esas bocas probé.
- Esos cuerpos abracé.
- ¿Eso? ¡Eso!, no lo puedo hacer.
- No Carlos.
- No Damián.
- No Jorge.

—No, No, No, No...

—Sí Pablo, Pablo, Pablo, Pablo, Pa... blo.

Y así caí de nuevo en la obsesiva figura de Pablo Primer Amor. De aquel Pablo prohibido que me recordaba las películas de Pedro Infante, anexas, conexas y similares.

Llamé por teléfono al taller eterno. Pablo acudió, siempre lo hacía, a pesar de su novia, de mis “amigos”, de las peticiones de no contestes para olvidarte: “Para olvidarte a ti...”. “A pesar de mi orgullo y tus agravios...”.

Fueron días de playas. Me escapaba con cualquier pretexto de la Facultad. Como siempre había sido cumplida, mis compañeros creían que la depresión por la muerte de Mark me estaba consumiendo y también pensaban que el descanso me haría bien. No sabían, nadie sabía que era el mar, que eran las playas en Pablo, con Pablo.

Ahora trato de explicarme que la educación acerca de la pareja nunca la conocí. Si me aferraba a Pablo, se debía a que fue el primer hombre de mi vida. El amigo de la infancia, el chico de la secundaria, el hombre trabajador..., y pensaba, y estaba convencida de que yo merecía que me quisiera por mi abnegación, por mis retornos, por mi búsqueda, porque, cuando me encontraba con él, me olvidaba de familia, amigos, trabajos, deberes, obligaciones, luchas sociales, partidos políti-

cos, vida artística, sociedades culturales, de... todo..., de to... do.

Ahora sé que nunca me quiso, que me utilizó porque lo perseguía, lo acorralaba, me le o... fre... cí... a. *¡Ofrecida! / Es mi búsqueda.*

Es mi búsqueda, estoy perdida. Me enseñaron a tener dueño. Soy una perra sin dueño..., sin dueño..., sin amo. Necesito que me maltraten para saber que existo para alguien.

—A las mujeres nos educan para servir... a un hombre.

—Las mujeres decentes sólo se enamoran una vez.

—¿Soy una puta?

De nuevo retrocedí en el tiempo y fui niña-niña y me dejé mimar, querer, apapachar, pero... en el anonimato. *No debe enterarse nadie. / ¿Entonces, soy una puta?*

Por unos días me alejé. Quería saber lo que ocurría. ¿Por qué me sometía a sentir: celos? Él tenía compromiso. Quería ganarlo de nuevo, pero eso ¿era el amor enseñado en las telenovelas?, ¿y era el verdadero?

Me alejé unos días extrañando al hombre de largos cabellos, su perfume corporal, su paciencia, su experiencia para conducirme a la seguridad. Sí, lo extrañaba, pero... estaba muerto. Ya no lo podría acariciar, ni oler, ni ver, ni besar... ni... amar, con toda el ansia que creó en mi

figura. Aún su aliento reinaba en mi boca, aún su lengua dominaba la mía. Pablo... era, según yo, el refugio perfecto. Pero, a pesar de las olas y la arena, a pesar de las brisas y caricias, el aliento pablecino no resultaba suficiente, es más, después de Mark, me resultaba altamente desagradable.

Regresé a incorporarme al grupo político estudiantil y entonces supe de cubilete, ruleta rusa, carrera de autos, póquer, fiestas..., fiestas..., fiestas..., fiestas. Ese grupo estaba comprado, los otros manejados, aquéllos dominados, los demás aniquilados. ¡Mark! ¿Por qué tú? ¿Por qué yo?

Para Pablo, mis búsquedas de justicia e igualdad resultaban idioteces, por ello dejé de platicarle lo que hacía. Y me convertí en su escucha y en la persona más obediente del mundo. Hablaba cuando él quería, callaba cuando él deseaba. Al fin y al cabo, sólo era una mujer.

Al alejarme de Pablo me recriminaba por mi falta de valor para dejarlo, sabía que no me convenía. ¿Acaso en lugar de mujer sólo era hembra? Fue así como conocí la masturbación y el agotamiento.

Muchas amigas me habían instruido bastante. Nada es igual a la práctica. Nada es igual a... Mark. Por ello decidí insistir con Pa...blo.

Hablé con mi madre de algunas desubicaciones. Me alentó para asistir a retiros espirituales. Efectivamente, fui y me sentí bien. Como suele ocurrir, incluso pensé que, a lo mejor, mi vocación era la santidad, la caridad, el dedicarse a los otros.

En lo particular me gustaban la limpieza del lugar, el pan recién horneado, la disciplina, los juegos con las otras chicas, la niñez, la inocencia que se respiraba. ¿Así sería siempre?

Me dediqué a labores comunitarias. Visitas a haciendas. Organización de bazares, bailes en pro de la caridad. La abstención de los apetitos carnales. Me convertí en la consejera espiritual de compañeros y compañeras. Me enteré de muchas miserias humanas y me sentí mejor. Había expiado mis culpas por vivir fuera de lo normal.

De pronto, muchas otras miserias me fueron descubiertas, alguna compañera era la amante de un religioso. Las gentes doctrinarias padecían las mismas histerias que la gente común. Eran tan conflictivas como las otras personas. Me cuestioné. Me confundí. Me inconformé. Descubrí otros círculos más humanos. Círculos comunes y corrientes, de charlas insulsas, plagados de cotidianidades. Después de un año, casi a punto de terminar la carrera, aún era una adolescente. *¿Nunca crecería? ¿De plano estaría loca?* Caí en muchas reflexiones y

en la indolencia. Caí en la total ausencia de seguridad. Retomaría las cuestiones filosóficas, doctrinarias, al fin y al cabo, me proporcionaron cierta tranquilidad. Tal vez me faltaba paciencia. Recorrí gremios y romerías. Visité iglesias y templos. La dicha se me hacía lejana, aún no había pagado su precio.

Las azucenas y gladiolos siempre me impusieron respeto. Su olor a santidad me resultaba bofetadas por culpas que me impusieron, por culpas que no eran totalmente mías.

Descubrí que las iglesias me conmovían, sobre todo cuando estaba a solas. Las ceremonias religiosas comencé a disfrutarlas y no era extraño que lagrimara o estuviera conteniendo el llanto durante ellas. Ahí en exaltaciones religiosas decidí, de nuevo, ser niña-niña. Niña-niña, buena niña. Después de todo, solía conmovirme.

—No se pudo. La realidad se impuso.

Educada de una manera que correspondía ciento por ciento a mi estado social y económico, había crecido en la mentira.

—Tu padre tiene una amante.

—Tu madre lo sabe.

—¿Por qué lo acepta?

—Por los hijos, por la sociedad, porque es normal.

La casa chica, la casa grande, la casa legal.

—Mamá, ¿amas a mi padre?

—No.

—Todos piensan que lo amas. Siempre están juntos. Son un modelo.

—Son mentiras piadosas.

—¡Son mentiras!

Con lo que había vivido, no debía salir afectada de tales confesiones, pero salí. Creo sinceramente que ahí me propuse casarme. ¿Con quién? Con Pablo. ¿Fue soberbia? ¿Rebeldía? No sé, lo único que recuerdo es que quería que sufrieran... ¡Sí, que sufrieran! ¡Que sufrieran!

—Después de Mark Pelo Largo, nada me satisfizo..., nada.

XI LA BODA

No fue nada gracioso para mi familia. No les quedó otra. A ella sólo asistió mi madre que vistió de rojo y negro. Se veía muy graciosa, como si estuviera en huelga. El traje mío fue clásico, imité el modelito que se puso ella al casarse. Estaba lleno de encajes y perlas, y por detrás muchos botones.

Pablo aceptó por despecho, su novia se había escapado con un tabasqueño. Fue una boda a todas luces amañada. Un fracaso desde el principio. “¡Ay, amor de hombre, que estás llegando y ya te vas!”. Las canciones siempre me han pegado.

Por la noche no hubo besos, tal parecía que la lujuria hubiera escapado ante el sacramento. Movimos las caderas de manera automática. Quedó bañado en sudor y yo nunca alcancé el orgasmo. De todas maneras, quedé embarazada.

Durante un tiempo se repitieron las escenas frías. Por primera vez platicamos. Concluimos que nos faltaba

acoplamiento, que la convivencia no era fácil. A partir de ese momento, cada quien —por su lado— inició la búsqueda de información para llevar un hogar feliz.

No puedo negar sus intentos y menos negar los míos. Pero funcionábamos mejor antes. Debíamos esperar. ¿Cuánto? *No desesperes.*

Me gustaba saber que estaba casada. A él le gustaba decir que lo estaba, mas no era suficiente. Replanteamos la situación.

A los tres meses, las relaciones en la cama funcionaban de maravilla. Redescubrimos nuestros puntos nerviosos. Jugamos a la ternura y a la sensualidad. Ya ansiaba regresar a la casa. Sin embargo, algo le pasaba a Pablo. Comenzó a castigarme verbalmente. Yo lo asimilaba en silencio. Resultaba el papel que me tocaba representar. No pensé en lo erróneo de la situación.

Llegó muy tarde una noche, bebido. Buscando que lo escuchara. No lo hice. Adopté de nuevo el papel de mujer telenovela.

Lo repitió más seguido hasta que acepté oírlo. Habló de su no amor hacía mí. De su decisión errada de haberse casado. Efectivamente, le gustaba. Lo podía excitar, como cualquier otra mujer.

Ya reunía el guardarropa para mi futuro hijo cuando se marchó.

La boda había concluido.

¿Ya era libre?

Sentí el fracaso de millones de mujeres.

Nunca me resignaría.

Mi familia dijo:

—No te convenía. Fue lo mejor que pudo pasarte.

¿En realidad eso era todo lo que merecía?

El rechazo no podía tolerarlo y me cubrí de mentiras ante la sociedad. No me educaron para estar sola. No me atrevía a buscar el sexo.

Nació Rodrigo. Me gustaba besarle sus pequeños pies. Ansiaba al hombre y la posición de mujer casada.

—¿Cuándo me cubriré de flores?

¿En qué camino llueven para mojarme en ellas?

¿Dónde dejan un tapete para deslizarme por él?

¿Por qué las necesito?

Las mujeres son felices cuando...

—¿Cuándo?

XII LOS PROPÓSITOS

La compañía para la que trabajaba me ofreció un empleo en otro estado de la República. Acepté de inmediato. Dejé a Rodrigo en casa de mis padres. Fue entonces cuando comencé a vivir en departamentos. Fue entonces cuando conocí a Daniel.

Daniel Independiente me ayudó en mis propósitos de independencia. Encontré un amigo. Hombre Amigo-Daniel. Dentro de su delgadez existía gran fortaleza. Llevaba quince años viviendo solo. Me acostumbré a su espacio y sus caricias. Sus besos erizaban mi cuerpo y los míos el suyo, sin embargo, uno de mis propósitos era no mezclarme con él más de lo necesario, después de todo, había encontrado un amigo. No quería echar a perder esta nueva experiencia.

Con él descubrí mi pasión por las compras. Me apasionaba no por el hecho de gastar dinero, sino por el placer de poseer todo aquello que deseara. Solía ser como recompensar con lo material la falta de ese ser divino, celeste, “que me haría enormemente dichosa”.

No poseía arrugas, ni surcos en el rostro, sin embargo, en mis arterias ardían túneles y canales oscuros, húmedos, sombríos.

Daniel se presentaba siempre con alguna nueva composición musical. Compartía su piano y sus anhelos. Escuchaba mis eternas quejas. Me llevaba a bailar donde él trabajaba. Algunos compañeros nos tomaban por pareja. Siempre abrazados, caminamos muchas noches, contamos estrellas y nos dimos el lujo de ser cursis y románticos.

Daniel era comunista.

Formaba parte de una liga de resistencia. Nunca quiso involucrarme. Después de un tiempo, se lo agradecí.

Los propósitos se vinieron abajo cuando a la misma ciudad llegó Pablo Eterno. ¿Demasiada abstinencia sexual? ¿Un recóndito deseo de comprobar que lo podía atraer? o ¿la convicción de que seguía siendo mi marido? El caso es que al sólo vernos reanudamos relaciones, me cambié a su casa. Bueno, eso es lo que creí. Asistía a dormir y pasar las noches en su cama, las madrugadas, en su pecho, los días nunca los compartimos.

Daniel observaba y callaba, siempre supo.

Me convertí en la amante de mi marido. ¡Qué necesidad la de repetir los estereotipos!

De repente me encontré mirando en cada espejo lo que quería ver y no aquello reflejado. Miraba la falsedad

de los afeites, y el brillo que otorgan al rostro casi marchito por las enormes noches bebidas con prisa, por los avatares diarios, por los continuos y eternos intentos de conseguir que alguien se preocupe por mí, por lo que puedo dar y no por lo que di. Así, también de repente, miré la realidad:

A veces me considero basura,
a veces, brizna al viento fúrico,
a veces, niña pura,
risa suelta,
gorjeo matutino.

A veces, danzarina y ángel,
a veces, demonio o fiera.

Las más de las veces: loca,
las menos: puta,
(pues soy considerada conmigo).

Me acosté con mi compañero de trabajo. No me gustó. No sentí nada, ni remordimientos. Lo pude seguir viendo como si nunca hubiera pasado nada. Sólo pude exclamarme: *¿Todo el género humano tiende a probar hasta encontrar el agua donde prolongar su relajamiento?*

No regresé por un tiempo a la casa de Pablo. Probé y consumí otros cuerpos. No por eso dejé de considerarme desdichada, pues no poseía más que un cuerpo para compartir, quizá dos horas, un cuerpo para placeres no perdurables.

En una junta de trabajo conocí a Luis. Compartimos la habitación tres meses. Estos pequeños placeres que me proporcionaba no eran considerados dignos para enfrentarlos a la sociedad, no estaban fuertes para desafiar a las clases moralizantes, para que entiendan las gentes que me rodeaban, que debían respetar lo que llevo dentro, lo que había querido decir siempre el mal llamado corazón; lo que deseaba revelar el cerebro, gritar la boca, transmitir los dedos, conservar los ojos, añorar los senos.

Con Luis recordé lo tan estúpidamente que fui educada, que sólo aprendí a dar, a dar, a dar todo el tiempo. Con Luis, perdí respeto, el poco que me había hecho alcanzar como propósito mi amigo Daniel; con Luis gané miedo.

A veces soy jardín florido (cursi)
miel y mariposa (infantil).

A veces, fuego (¿no me digas?).

A veces, hielo (las más, las más).

A mi edad me convertí en deseo únicamente.

Me dejó marchar. ¿Qué hice? Busqué a Pablo Consuelo, Pablo Vicio, Pablo... Pa... blo.

Retornamos a las noches compartidas donde los dedos recorrían los perfiles de las palmas, las cuadraturas de las uñas, los canales de los nudillos.

Retomamos el contacto de las yemas, las yemas frente a frente.

Revivimos los lóbulos cargados de chispas, cargados de imágenes, cargados de aquello que los ojos prometían, desafiaban; que las redondeces de los labios presagiaban, que las piernas auguraban, que el vientre recibiría.

Amante, siempre te adoraré,
yo con tus besos y tus caricias
mis sufrimientos acallaré...

Cuando se quiere de veras...

—¿De veras?

Como te quiero yo a ti.

—¿A quién?, ¿a quién? Todos han sido y serán.

Cuando se quiere de veras
como te quiero yo a ti,

es imposible, mi cielo,
tan separados vivir...

Pablo continuó con sus silencios. Yo lo que más deseaba era hablar.

—¡Cállate!

”No me hables, quiero olvidarme de que existen las preguntas.

”Permanece a mi lado, pero, por favor, no digas nada.

”Vete al otro cuarto. No soporto tu voz”.

Pablo me dejó marchar de nuevo. Repitió el esquema. Dejó que tomara la iniciativa, que resolviera el final. Ese final que he aprendido a percibir cuando llega.

Con esta separación volví a ejercitarme en el llanto.

Lloré porque todos mis supuestos hombres tenían otras puertas donde tocar, otras camas donde dormir, otras caderas que desear, otros dedos que rozar.

Lloré porque para Pablo fue fácil mi decisión, pues alguien lo esperaba apenas desapareciera.

Pablo Cobarde, dejó que asumiera la responsabilidad. No pudo decir vete, sino orillarme hasta hacerme

sentir un estorbo, una basura en la retina. Resultaría una idiotez no haber percibido esos ojos suyos fijos en otro punto que no eran mis ojos; percibir lo que decían sus manos al no responder al contacto con las mías; o lo que mostró su nuca esquivando mis labios días antes de esta escena.

Pablo Recriminante, argumentó el tiempo que le quitó a Rodrigo (como si él fuera un modelo paterno), el tiempo que le debo, que necesito proporcionarle, ya que “es un niño encantador” (encantador lejano).

Pablo Argumentista, vociferó sobre su carácter extraño, sobre mi sufrimiento a su lado, “mi no vida”, las carreras que tenía que dar, los trabajos que me aumentaba.

Pablo Ridículo, dijo que podía tomarme el tiempo que quisiera para irme. Que no había prisa (¿para despedazarme más?), que por..., ¡lo que fuera!, sería eternamente mi amigo (¿quién sería más egocentrista?). *¿Por qué me expongo a lo conocido? ¿Por qué?*

Por tercera, cuarta o quinta vez hice una maleta. Marché con Daniel Amigo. El que nunca preguntaba, el que detenía el carro a los diez minutos de recibir la llamada. Daniel Apoyo, el que me daba un beso en la mejilla, un fuerte abrazo, cargaba la maleta y me alojaba hasta que encontrara un departamento para aporreararme como

negra mariposa por ilusionarme, engañarme, idiotizarme, por la prisa que aún poseía de recibir en torrente lo que habían hecho imaginar en mi infancia... y no se me daba. Sí, Daniel Cariños, me servía café hasta localizar un departamento vacío, que, como de costumbre, iría decorando poco a poco, hasta que todos los rincones revelaran mi presencia y todos los objetos tuvieran mi fragancia.

¿Me dolió el retiro? Sí, pero menos que los anteriores, porque lo supe desde que prefirió ver la televisión a sentarse a mi lado en la cama; desde que eligió cenar (pues él no hacía el amor si cenaba); desde que se fue al estudio a dormir y evitó indagar en qué me ocupaba durante el día; desde que el tono de su voz se escuchó gélido y me traspasó el subconsciente.

La noche antes de mi partida me la pasé repitiendo: *Seguiremos siendo amigos. No te debes alterar. Si te pide que te marches, tómalo tranquilamente. No llores, estupidita, él detesta los papelones, sobre todo que pidan o lo busquen.* “No me dejan de fastidiar mis amantes. No entienden cuando algo acaba”. *Demuéstrale que entiendes y eres “madura”, y eres “fría”.*

Lo pude hacer. Y en el coche de Daniel, sollocé poco y sonreí al deseárselo una buena noche de trabajo.

Con Daniel aprendí a no culpar a nadie más que al destino o a las circunstancias. Eso me hizo menos infeliz. Pudo ser más atormentador de otra manera.

El subconsciente tiene muchas veredas. Por un tiempo no pude recordar los momentos bellos con Pablo, pero mi mente se sujetaba de los momentos de Luis. *¿Que si esto fue una evasión? Totalmente cierto.*

Poniendo la mano sobre el corazón
quisiera decirte al compás de un son
que tú eres mi vida,
que no quiero a nadie,
que respiro el aire,
que respiras tú...

Después de un mes, este aferrarse a la imagen de Luis resultaba tonto, ¿quién puede vivir de fantasmas?

Amor de mis amores,
sangre de mi alma,
regálame las flores
de la esperanza...
Permite que ponga
toda la dulce verdad
que tienen mis dolores
para decirte:
que tú eres el amor de mis amores...

Pasaron cinco meses. Es duro reconocer que se extrañaba a otra persona. Si antes no quise recordar los momentos

agradables con Pablo, con ese tiempo transcurrido, menos. Después de todo, había consumido 150 días de soledad acompañada.

En las noches de Daniel Ausencia, de Daniel Trabajo: las pesadillas.

XIII LAS PESADILLAS

1

Caminaba entre las barcazas. Subí a una que conectaba con otras a través de tabloneros. Dentro de ellas: gente harapienta, niños hacinados, sombras, turbulencia.

Las aguas se violentaron. Corrí... Corrí hasta llegar a una choza cuyo patio lo formaban arenas movedizas. Había un árbol al fondo de ellas. Caminé con miedo. Alcanzarlo impulsaba mis pasos. Me absorbía el lodo. El terror me invadió. No pude emitir sonidos. Sólo mis manos trataban de asirse a otra ansiada. De nuevo los pies corrían entre surcos viscosos, grises. Aparecieron rostros grotescos que reían con sarcasmo, con dolor.

Una y otra vez la secuencia.

Los rostros se sucedían. Las carcajadas me atormentaban. Las aguas negras ganaron mi cuerpo. Los mutilados se lo peleaban. Fui desmembrada. No hubo dolor.

Una y otra vez la secuencia.

Resbalé varias veces por la cama. Desperté con la necesidad imperiosa de percibir luz. Busqué con avidez el interruptor de la lámpara.

A partir de esa noche dormí con la lámpara encendida.

Todo fue en vano. Siguieron los malos sueños.

No funcionaban los consejos antiguos de las abuelas. Agua tibia, leche caliente. Té de azahar. Pensamientos agradables antes de conciliar el sueño.

2

Las miradas tiernas, los sonidos suaves se transformaron en veneno de lenguas ponzoñosas. Se vertieron coprolalias. Los rostros sudaron. Los labios siguieron sonriendo. El mundo observaba.

Se escondió una mirada tras la oscuridad de vidrios ahumados. Corrieron unas piernas tras un cuerpo. Un alma se extinguía en alaridos...

Al abrir los ojos: estupefacción en el lecho.

En la explanada gritos, voces iracundas. En la explanada recuerdos en rostros cenizos de niños.

Camino hacia el frío. Espero los golpes, los cobros de la vida por permanecer en ella. Lluven latigazos. Disfruto la maldad.

Me duele el líquido que resuma de las heridas. Varias manos con grandes jeringas lo succionan. Existe un poco de alivio. Las manos vacían mis líquidos, los tiran. Ahora grito (quiero que me los devuelvan): *¡Son míos!*

No hicieron caso. Me secaron.

La convicción de que nada de lo que poseo importa a alguien provocó el despertar.

3

Tres luces faltaban a la casa semivacía y llena de recuerdos. Frente a ella, murmullo de voces, música. Tres rostros miraban insistentes la puerta acrisolada. Tres cigarrillos llenaban los espacios con espirales, recuerdos y espera. Ninguna boca podía dejar que saltaran los murmullos, las quejas. Los espectros no existen y, sin embargo, el azul se convirtió en negro por tercera ocasión.

Les dijeron que sería una breve espera. Llevaban tres días y noches con idénticos vahos putrefactos y lámparas sin luz.

Olores fétidos llegaron a las narices de los ansiosos. Mis olores. Ante la certeza, desperté.

Desde entonces me pregunto: *¿Cómo dormir con los ojos abiertos?*

4

Estaba perdida en la obsesión de las pieles blancas. Los mastines de la lujuria devoraban mis entrañas. Cubrí el rostro de inocencia abandonando las voces paternales. Convoqué a la ausencia de toda regla. Presencí las miradas que enviaban mis pieles blancas a otros tipos rubios. Los celos royeron la cordura. Escuché sus amos con aquellos hombres jóvenes, retrato de los míos. Traté de escapar de ese submundo, inútil. Se sucedieron luces rojas, risas turbadas, múltiples escenas propias de los infiernos de Dante.

—No eres fuerte —me gritaban.

En esta ocasión el regreso a la conciencia fue brutal. Decidí pedir ayuda médica.

Había estado jugando a jugar. El tiempo de rectificar ¿habría llegado?

Daniel me acompañó. Así me aficioné a los tranquilizantes. Así pude conciliar el sueño. Al menos no recordaba por las mañanas. Lo único inquietante era mi descontento. *¿Por qué depender de las pastillas para sobre llevar la existencia?*

Empecé a sentir lástima por mí, y a percibir la lástima que les inspiraba a los otros.

Abandoné las pastillas, quise engañar a la conciencia y me recluí por milésima vez en la avidez de un encuentro amoroso.

Amaneció como cualquier ocaso y me gusta. El árbol de hule habla de la edad y de la determinación.

Las torres de la compañía de teléfonos están en bruma. Camino con los puños apretados guardados en los bolsillos del blazer.

Camino con la cara sonriente. Los rostros que se cruzan con el mío se asombran. Mis ojos proclaman el reto, la convicción de que infringiré lo establecido con placer y un éxtasis.

Daniel Voz Profunda, durante el desayuno, arrojó al enajenamiento los errores y abrió nuevas madrugadas.

Cierro los ojos en este andar matutino, pues por un instante sucumbo y me angustio al dejar a mis pasiones aprisionadas en las bocas que las mastican, roen y desgarran.

Pronto alejo esa actitud. Aunque me duela, recuerdo: me incita su imagen, me abarca.

En este caminar sumerjo en exhalaciones al cuerpo. No importan lenguas y miradas. *Anoche amaneció tres veces.*

Mis labios susurran de los suyos, hablan de jugar, poseer hasta la inundación, en el calor que irradió sonrió mil y una ocasiones.

Las calles asfaltadas, las cruces, las fachadas antiguas no frenan mi paso, mi turgencia, la avidez vivida.

Daniel Revelaciones, me dijo:

—Tienes derecho a ello.

Camino, camino hasta ahogar mi voz, hasta impedirle mostrar las huellas del blanco cuerpo, sus manos entre mis cabellos, las caricias.

Llego a la oficina con la convicción: caminaré todas las mañanas. Después de todo, Daniel Consejo dijo:

—No abras tu mundo a nadie.

Como cóndores amamos los espacios; con mi rubio cabello suave surqué los placeres al fundir de manos. Volamos a islas perdidas, las llenamos de fantasías voluptuosas e inagotables.

Escucho llover y añoro sus palabras, esa voz que en las sienes retumba a los sentidos. Ese aliento que añora las andanzas abismales, los infiernos y paraísos contenidos. Escucho llover y añoro sus vocablos, dulces, sonoros, los tan ansiados que al fin llegaron: *Rompe tu silencio eterno, doloroso y triste. No sé adónde van a parar tus olas, sólo sé que te necesito para colmarme.*

En la noche sólo sus ecos: *Abre tu aliento a las cadencias, al swing y al blues. Ahora descansa. Lo miro. Lo toco. Lo siento...*

La radiodifusora acostumbra entonar el himno a la nación, mas mi cuerpo relajado descansa sobre su fragancia.

Estoy en su laguna sumergida, siento sus aguas. Lleno el vacío.

Hoy, callo su nombre y mis labios cosquillean los recuerdos.

Hasta esta fantasía no supe del fragor de manos en la espalda.

Su rostro: arena donde surge vida. Lo penetro. Resana el duelo del alma.

Llenamos los poros de ríos. Escucho al sol reír al contemplarlo: mi refulgencia de sábados.

Hoy compruebo su presencia.

Mi rubio explica el valor de las palabras con sus acciones.

Lo cierto es que compartimos el fuego y la locura.

—Daniel: ¿Soy voluble? ¿Me he olvidado de los otros cuerpos?

—¿Dónde están Pablo y Luis, mis recurrencias?

Y quise comprobar su presencia en compañía de otro cuerpo, no pude. Y quise hablar con la verdad y me enredé en telarañas confusas.

Tuve miedo y forcé el abandono. ¿Quién me entiende? Después lo buscaría de nuevo.

La vista la detuve en los zapatitos de tela, éstos que me sirvieron aquel día cuando los ventiladores zumbaron como mil enjambres y mis órganos galoparon.

Estuve con él, pedí, quise explicar, casi rogué, bueno, ¡rogué! Expliqué aquello de la inseguridad, del enorme deseo de ser amada, de que alguien se ocupara de mí y mis deseos. *Fui una rogona. Fui una buscona. Lo supe ante su congelada mirada y la falta de vergüenza, mi falta.*

El tiempo que compartí con él me ayudó a descubrir que poseía reminiscencias creyentes, me ayudó a creer en la existencia de un Dios y que ese Dios no te abandona. Quizá por ello creí poder realizar cualquier acción en nombre de “lo necesito y me será perdonado”. Esa especie de justificación no minimizó la escasez de moral, la perturbación de las buenas costumbres, la ejemplificación de la miseria humana, de la escoria y el cinismo.

—¿Todo eso, estupidita?

—Sí, todo eso.

Perdí de nuevo pensando que no podía ser cierto lo que me ocurría.

Las buenas mujeres (voz de mis ancianas), las buenas mujeres (no las buenonas), nunca se rebajan ante un hombre, menos por el simple placer carnal, no bendito y enjuiciado.

Por primera vez, Daniel Abrazos me dijo:

—No sabes ejercer tu libertad.

—En verdad hasta ahora no la conocía.

XIV
ANTES DE LAS CARTAS

Jugamos a vine por X pretexto.
—Pasa. Abre las cortinas (*que el mundo mire y elucubre, yo me porto bien*).

(*Al rato*) —¿Las cierro?

—Sí...

Jugamos a desvestirnos y solazarnos como peques, como gatos, como fieras. Hasta que la absurda pregunta propia de la idiotez habitual surgió:

—¿Me quieres?

Y la respuesta sabida, pero negada por la obsesión:

—No.

Los jadeos cesaron, los susurros callaron. El ruido de las aceras se volvió infernal y atravesando la ventana del cuarto golpeó el rostro que alguna vez fue besado con bondad, con cariño, con cierto respeto, y que apenas instantes anteriores vaporizaba pasiones y anhelos, esperanzas, una, la misma.

En ese instante se antojaron los cigarrillos, una cerveza, llamar a otro amigo, La China, encelar (¡ja!, encelar) a este individuo que encima de mi pecho respira, se agita y niega mansamente sentir algo por este cuerpo.

Seguí haciendo la tonta, en realidad estaba siendo sincero. Disfruta sin compromiso y no quiere alguno.

Sobreviene el monólogo masculino. Las preguntas sobre la relación. *¿Cuál?*

La mente palpita junto con la masa encefálica y sacude la frente, el oído..., el alma.

De nuevo se jugó. Yo estoy enfadada, él disculpas, justificaciones (que me hicieron concebir esperanzas).

La ropa se acomodó en los cuerpos, nos sentamos en el recibidor. Más charla. Se leyeron poemas. Se cantaron canciones. Otra vez a la cama, a explorar las resistencias corporales, a demostrar que todo pasó (¡mentiras!), a cambiar de roles en giros continuos de personalidades.

Al fin la verdad: *Pablo tiene miedo, yo... también.*

Sobrevinieron las confusiones, siempre sucedía. *¡Huyamos el uno del otro!*

Después me cantaron “Vende caro tu amor, aventurera...”. “¿Y qué hiciste del amor que me juraste?...”.

Las piernas estaban cansadas, adoloridas. La mente no muy sana, menos juiciosa. El encuentro de nuevo éxito sexual y fracaso existencial. Ni rumores de aquellos cánticos que soñara uno para el interior, ésos que por no conocerse se nombran de variadas formas.

Luego otros encuentros, otros cambios de quien quiere y quien no es querido; de quien lastima y no es lastimado.

Los abrazos siempre entibieron la cintura, abrieron los labios, espejearon ansiedades. *¡Qué rápido se desviste el ser humano y cómo cuesta vestirlo!*

Nos engañamos muchas veces. Nos confesamos en juegos. Pablo y yo seguimos buscando, uno en el otro, uno con otros u otras.

—Madres, hermanas, abuelas, mujeres-hombres que crecen a otros llenos de culpas, remordimientos y pecados, ¡muéranse!

XV
LAS CARTAS

Daniel Lejanía, marchó a otros lugares. Le escribí ansiando su espalda en mis dedos, sus desayunos compartidos, sus siestas, sus sábanas de colores vivos.

Otoño a diez días de ti.

Querido Daniel:

Me senté junto a él y su aroma. Lo vacié de ideas, revolvimos imágenes. Dilatamos. En su rostro la huella, marca (perfecta) de las noches. Su ausencia, café, resquemores en los ojos.

Tú entiendes por qué, frotamos boleros, planes..., planes..., planes para los panes... entre una, dos, tres sonri-saaaas, ¡ja, ja, ja!

Después de decirme vente..., ¡vete eterno! *¡Vete, para... allá! Y ¡Uuuuuup! Heme aquí en tu extrañeza.*

Se alejó de mí su aroma. Espero el día y la blancura...

Te extraño.

Invierno de necesidades.

Amadísimo amigo, mi Daniel:

¡Cuánto diera por acariciar con mis nudillos tu rostro y compartir un cigarro contigo!

Estoy en cama convaleciente de una pequeña operación, nada serio, aunque prevalece en mi cuerpo un mareo horrible, los médicos dicen que son los medicamentos. Te he de confesar que a veces siento frío, aun cuando estoy cubierta. En realidad, no hay motivo para preocuparse. Sabes lo quejosa que soy.

Aquí en la cama, viento helado, preocupación (por mi fodonguía forzada) y hielo en mis entrañas.

¿Qué me deparan los hados, si uno, tú, estás ausente? Estoy, o mejor dicho, me siento recagada y rejodida (mi madre diría: “¡Jesús!”), mas confío en el sol, sabes de la obsesión por la luz (hasta ahora nunca me ha fallado, todos deberían esperar con ansias los amaneceres), por las perspectivas que vislumbro a su encuentro, por los tonos que proporciona a mi existencia.

Mi Daniel, te sigo extrañando. Lamento ser tan posesiva. Sé que la gira es importante para ti. ¡Ah!, recibí las postales..., me debes una partitura. (De encima cargada, ¿no?).

Recuerda mis abrazos y recibe un beso.
P. D. He pedido que me envíen a Rodrigo.

A finales del invierno.

Daniel querido:

Lamento que estés sin trabajo. ¿Vuelves pronto? Aquí, Rodrigo me ha servido para reencontrar mi parte maternal.

Regresé al trabajo y me aumentaron el sueldo. Te envío algo de dinero. Sé que no me lo pediste, pero también sé que me lo devolverás.

De tus amores no me has hablado. Eso significa que por ahí existe algo serio. Ten cuidado, ya sabes lo difícil que es encontrar a la persona ideal para compartir el tiempo y el espacio. En fin, sé que harás lo que se te pegue la gana. Pero tenía que decirte mis celos.

Cuando te asuma la soledad, recuerda cómo tomabas mi mano y confirma esta voz que te quiere.

Rodrigo y yo te enviamos besos.

Principios de la primavera, jueves.

Daniel Alegrías:

La sorpresa de encontrarte en los periódicos fue maravillosa. Has trabajado mucho y te lo mereces. ¡Qué de vaivenes en la vida! ¡Felicidades! Aquí, Rodrigo te extraña,

aquí te esperamos para las vacaciones (recuerda que nos debes un día de playas).

Mi vida amorosa está en receso. Me siento bien. Rodrigo me ha hecho bien.

He de confesarte que lo caprichosa no se me quita y que en algunas ocasiones he marcado los números malditos. Sí, ya me puedo imaginar tus recriminaciones, pero he tenido suerte, nadie me ha contestado. Por eso sigue incólume mi existencia.

Lucho contra las emociones todo el tiempo. ¿Cuánto más soportaré?

He de decirte que me he convertido en casi ama de casa perfecta. Ya hasta sé cocinar. Limpio y hago cortinas, ¿qué te parece? Yo no quería esto para mí, y te diré algo, no es tan desagradable, en realidad no es desagradable si lo haces por y para alguien que amas.

A tu regreso celebraremos el cumpleaños de Rodrigo.

Recibe los besos y abrazos
que siempre te han pertenecido.

Finales de la primavera.

Daniel Fotogénico:

Hemos disfrutado todas las fotografías. Si así se trabaja, yo quiero de ese trabajo. Aquí en el mío, broncas (no te

asustes de mi vocabulario). Estamos tratando de formar un sindicato independiente. Necesito tus consejos. Tú tienes experiencias, conocimientos. No me los niegues.

Por cualquier insignificancia se extienden reportes. Nos han puesto vigilantes que llevan unas tablas, donde registran con quién hablas, cuánto tiempo, por dónde deambulas, amén de tus entradas y salidas, pues, aunque existe el reloj checador, la palabra del vigilante en turno es la que vale. ¿Cómo parar tanta represión?

Algunas compañeras que tenían derecho a jubilación las han obligado a renunciar. No te niego que en ocasiones he hablado más de la cuenta. Soy impulsiva. Algunos me creen loca (¡qué raro!, ¿no?), otros, muy valiente. La verdad es que sólo recuerdo mis anhelos juveniles de justicia e igualdad. Después de todo, no he perdido esos valores, ¿no crees?

Recuerdo tus consejos para evitar la depresión que en el aspecto sentimental siempre me acompaña. Dani querido: ¿por qué seré tan inconforme?

Por lo pronto, te juro que no siento miedo por la amenaza de perder el trabajo. Me siento fuerte y poderosa (no te rías).

Te seguimos esperando.

¡Ya no tardes!

Cumpleaños de Rodrigo. Verano.

Daniel Demorado:

Trato de comprender tu ausencia, nos acostumbramos a tu compañía y luego nos abandonas. Tus amigos no merecemos eso. En realidad, no me hagas caso, disfruta el tiempo de la lejanía. Gracias por los consejos que me has dado, de todas maneras, la empresa se salió con la suya. Liquidó a la gente adulta y contrató a gente joven. El famoso sindicato es una basura más dentro del movimiento sindicalista en nuestro país.

Ha justificado todas las acciones emprendidas por los empresarios. ¿Quién lo dijera? Y yo, como idiota, casi me convierto en el chivo expiatorio.

Este día, en particular, ha sido agitado. Recorrí el mercado en busca de las gladiolas más frescas que hubiera. Tú bien sabes que su aroma siempre me ha fascinado, y es que ante ellas me invade la paz y olvido el desasosiego; se mutilan las frivolidades y se engendran recuerdos y añoranzas. Así mismo, ellas me perfilan el camposanto, única verdad inalterable para el ser. Las encontré y llené la sala con ellas.

Sí, el día fue agitado; estuve en todos los puestos de carnes buscando las más suaves, jugosas y apetitosas para preparar los bocadillos que serviría en el cumpleaños de Rodrigo.

Rodri se portó bastante bien durante la fiesta. No entendía a plenitud el porqué de tanta gente a su alrededor, pero, ya sabes, los inevitables e inexcusables compromisos requieren la presencia de los adultos.

He de decirte que a pesar de lo atareada que me encontraba, también visité a mis ancianos enfermos. Traté de reconfortarlos. No soy buena samaritana, lo que ocurre es que en la charla con ellos puedo hablar de mí. Esta necesidad me hace parecer mejor de lo que soy.

Pero, volviendo al mercado, te cuento: caminé entre los improvisados mostradores de los venteros de frutas y verduras. Sigue siendo mágico-maravilloso ver cómo los huacales y tablas se transforman en cuernos de la abundancia, coloridos, perfumados, frescos y rozagantes.

Aspiré y me llené de remembranzas infantiles, de cocinas y manos maternas. En ese instante estuve segura de que valdría la pena tanto trabajo en honor de Rodrigo. Así que pasé la tarde en el ajetreo de la cocina: escabeche, ensalada, coctel de frutas, gelatinas, horchata y arreglos propios de la ocasión para la mesa.

Te confieso una travesura, que me costó cara. La asumo.

Invité a Pablo y a Luis. Dirás: “¡Qué veleidosa!”. En realidad, esta especie de liviandad se debió a la certidumbre de ser para ellos un accidente, algo prescindible. ¿Por qué conmigo no ocurre lo mismo?

Los llamé deseando comprobar que importaba a alguno. Que la realidad era otra (eterna fantasía, ¿no?). Por supuesto, no asistieron.

Tal vez para el próximo cumpleaños estés con nosotros.

Recibe como siempre nuestro amor.

XVI DESPUÉS DEL CUMPLEAÑOS

Llamé a Luis, el teléfono sonó incansable, nadie acudió.

Llamé a Pablo.

—¡Ah!, eres tú.

”Quiero estar solo, sabes que soy extraño.

”No quiero hablar por teléfono.

”No tengo tiempo para los amigos, ni para las ‘amigas’.

”No tiene caso aferrarse al pasado.

”Debes aprender a no depender de nadie”.

Entonces, ¿me envalentoné?... Mentí:

—(*Risa.*) No dependo de nadie (*más risas falsas*).

”Estoy bien, ya tengo ‘alguien’ con quien compartir mis ratos (‘No me preguntes nada, que nada he de explicarte...’).

”Sin compromisos. Tú me enseñaste.

”Quise decirte el otro día. Es más, supuse que sabías, como dices saber que salgo con un abogado... ¿Metiste aguja para sacar...? (*risas, ¿le dolería?*).

”No te preocupes. Rodrigo está bien. Hasta... (*titubeé, ¿hasta cuándo, en realidad? No me atreví a pronunciar: nunca, aunque la rabia lo exigía, la razón lo demandaba. Crecí ante el autocastigo*)... después.

Absurdo, ¿no?, después no es tiempo alguno. ¿Qué ocurrió? Llegó la depresión haciendo gala de su estada en mi ánimo. Rodrigo me reclamaba. Lo atendí lo indispensable. ¡*Mala madre!* “Después”, dormí, dormí tantas horas como resistió Rodrigo.

Las lágrimas pueblan el vientre. La tristeza comprime los senos. Mi rostro será piedra o sol. Las lluvias servirán para mojar el cabello y demostrar que vivo, ¡que vivo!

Arbolito, arbolito, me siento solo,
quiero que me acompañes hasta que...
muera.

Durante varios días me encerré pretextando un resfriado.

El sábado por la noche llegó María, una buena vecina a la cual le inspiraba lástima mi situación de mujer sola con un hijo. Le doy lástima y cuando me siento triste me aprovecho de ello. Claro que ahora ya lo hago previniéndome contra el demonio de la autocompasión, es cierto también que no siempre lo logro, ese diablito

le ronda a uno y en ocasiones la debilidad lo deja manipular la situación.

María es dueña de una tienda de ropa y mercería. Cuantas veces puede, me hace obsequios y me invita a comer. Vecina Amable, llegó con despensa y sopa caliente para que me reponga. En el fondo me sentí culpable por la mentira.

María se llevó a Rodrigo para que jugara con Carlitos.

El domingo recibí carta de Daniel. Daniel Regreso, Daniel Amigo. Me levanté con buen ánimo. María llegó de nueva cuenta y me invitó a celebrar su arribo a los 30 años.

El licor no me agrada, en cambio, la cerveza me deleita, sobre todo si el sol resquebraja y tengo la tarde libre.

Bebí poco, pues se suponía que estaba saliendo de una enfermedad viral. Me supo a gloria. Comí pocas fritangas, pero también las paladeé a mi gusto. Todo fue bastante común y corriente, pero me sentí como nunca. ¿Fue la carta? Un amigo vendría. Dormí esperando la mañana.

XVII DE VUELTA A LA CIUDAD

Daniel llegó con muchas cajas de regalos. Durante quince días estuvimos de fiestas, convivios, parrandas, malas noches, visitas a los amigos, discusiones de café y piano.

Los días se empataban con las tardes y las charlas, y las anécdotas no tenían fin.

Durante ese tiempo solicité permiso a la empresa para no asistir al trabajo. Fueron como las vacaciones más reconfortantes que hubiera tenido. A Rodrigo casi lo había abandonado exclusivamente a los cuidados de María Vecina.

Me enteré, por los buenos oídos que nunca faltan, que Pablo se había unido a una joven rubia, guía de turistas, y que marcharon a Quintana Roo. La noticia me dolió. ¿Cuándo podría sobreponerme a ser abandonada? Si, después de todo, yo la estaba pasando bien con Daniel Amigo. Pero Daniel no era “mi pareja”, era “mi amigo”, mi camarada, mi cuate. ¿Sería que lo posesiva

no se me había quitado? Y, al fin y al cabo, ¿cuál posesión? ¿*Mitómana!* / ¿*Mitómana?*

Daniel Sonrisas, tenía un contrato para el extranjero. Me dio alegría y tristeza la noticia. Fue entonces cuando planeé mi retorno a Ciudad Gris, tal vez ahí me sentiría mejor. ¿Que si estaba huyendo de nuevo? Es verdad. Mi sino era huir, huir de mí misma, de la soledad que habían creado en mis adentros los cuentos de hadas.

Antes de mi partida, asistí a un espectáculo, asistí sola. Sentada en una elegante silla, fumé y percibí las miradas masculinas sobre mi cuerpo. Hubo intentos varoniles de acercamiento. No quise. Tuve miedo. No estaba preparada, a pesar de todo, para estar “sola”.

En la penumbra, se iluminó la tarima. Las canciones entonadas dolieron, como las palabras de Pablo, de Luis, de mi rubio perdido.

¿Cómo aplacaré la efervescencia de mi sangre? ¿La búsqueda del amor? ¿Amor o pasión? ¿Tiempo o destiempo?

A mi lado llegó un ídolo, la noche era humo y fuego. Creí estar rodeada de pebeteros y estelas. El ser hierático inició un lenguaje críptico. No, no era eso lo que buscaba. Nunca lo fue. Si tuve que ver con otros hombres, nunca fue por sexo, ¿nunca?, bueno, no sólo por eso. Salí con la frente en alto y evitando los ojos

masculinos. Abordé un taxi. Hice las maletas. Cuando Rodrigo despertó, ya casi todas nuestras pertenencias estaban en el carro.

Mis padres me recibieron como al hijo pródigo. Tuve que luchar para que entendieran mi deseo de vivir sola. En otra ciudad esa actitud estaba justificada, pero, en la ciudad donde viven mis padres, en donde tengo techo, no se justifica. Así fue como recibí nuevos motes de loca o puta. Verdad es que yo ya lo pensaba, pero no es lo mismo oírlo de labios ajenos, y menos de tus familiares.

Me dediqué a trabajar hasta el agotamiento. Tratando de ignorar todo. A principios del invierno ya estaba harta de mi barrio; la ciudad, la mía, la que debía acogerme, me asfixiaba. A principios de invierno le escribí a Daniel Ingrato, pues no se había ocupado de mí. Recibí respuesta telefónica y una invitación para pasar el invierno con él. Acepté de inmediato. Tenía dinero ahorrado.

A pesar de la lejanía, Daniel estaba enterado por la prensa de lo que en mi ciudad ocurría. Luego tuve tiempo de comprobarlo.

Me esperó en el aeropuerto. Fue el abrazo más protector de los últimos meses.

Asistimos a muchos conciertos. Me quedaba sentada a su lado, respirando quedo y lento. Por momentos

mezclaba sus dedos con los míos. Todos los comentarios en los restaurantes terminaban en risas francas. Compartimos el mismo departamento y la misma cama, sin embargo, cada quien dormía con la única necesidad de un abrazo.

Recorrimos muchas tiendas. No dejó que gastara el dinero que llevaba. Varias noches me adormeció su piano, otras, su mano por mi cabello. Daniel me ayudaba a arrancar las espinas clavadas en cada uno de mis órganos.

Daniel Ayuda, me condujo a aceptar mis debilidades.

Durante ese invierno, decidí el divorcio. ¿Así sería libre?

Regresé a mi ciudad, la hallé resplandeciente. Estaba revitalizada. Me incorporé a un nuevo ritmo de trabajo, más suave, más serio.

Mis padres dudaban de mi cordura, pero habían aprendido a observar y callar.

“Contigo aprendí que existen nuevas y mejores emociones...”.

Daniel me instó a cambiar mi guardarropa y eso me ayudaba a sentirme segura, como siempre había querido mi madre. No dejaba de enjuiciarme pensando en que estaba haciendo justamente aquello de lo cual había huido, pues siempre quise creer que la gente vale por lo que lleva dentro y no fuera. Después de tanto tiempo,

había comprobado que aquello era una utopía. Quizá por ello cedí.

Por las tardes solía llevar al parque a Rodrigo. Me confundía con el resto de las señoras y me involucraba en sus comentarios acerca de los postres, tejidos, telas y telenovelas.

Pronto me harté. Estuve segura de que esa forma de vida no me correspondía. Podía jugar a ella, pero estaba perdiendo la verdadera. *¿Cuál? / ¿En dónde estaba?*

Por las noches olvidé las lecturas y me enajené en la trama de las telenovelas sudamericanas.

Una carta me sacó de esta etapa vegetativa. Daniel Necesidad sufrió un accidente. Fui por él. Lo llevé a mi departamento. Ahí, durante su recuperación pudimos hablar mucho. Me demostró de nuevo que estaba informado de muchas cuestiones sociales y políticas.

Los periódicos no podían faltarle, los libros interesantes, extraños, antiguos, o realistas, tampoco.

El fallo del divorcio se dio. Daniel lo festejó conmigo. ¿Ya era libre?

Daniel tenía que olvidarse de la música por un largo tiempo. Al desbarrancarse el autobús, se había quemado la mano. A veces se desesperaba. En esos momentos sólo podía abrazarlo por la cintura, y besarle la espalda.

Mis padres comenzaron a alejarse de mí. No podían soportar que su hija viviera con un hombre que no era

su marido, y menos podían creer que ese hombre y su hija no tuvieran relaciones sexuales.

—¡Pobre de mi nieto! ¿Cómo irá a crecer?

El resto de la familia me excluyó de las reuniones y festejos.

Daniel ya estaba empleado impartiendo clases de música. A su regreso de las labores docentes comentábamos de artistas, escuelas, maestros y la reforma educativa. Por supuesto, sabíamos que nada cambiaríamos con nuestros comentarios, pero nos sentíamos inteligentes. En la escuela donde trabajaba se mantenía la costumbre de impartir clases teóricas, cuando lo que se requería era la práctica. Daniel Inconforme, en cada junta de academia insistía en dicha opinión. No lo escucharon.

Me contaba de tres chicos de increíbles manos y gran oído musical. Estaba dispuesto a dedicarles más tiempo del que le pagaban y quería conseguirles becas para que estudiaran en un conservatorio.

Un día decidió rentar su propio apartamento. Nos dedicamos a visitar cuantos anunciaron en los periódicos. Localizamos uno céntrico y económico. Estaríamos un poco lejanos, pero seguiríamos frecuentándonos, por algo éramos amigos.

Pronto se hizo popular como maestro. Volvió a reunir el capital suficiente como para gastar en parrandas y noches bohemias.

Se hizo costumbre reunirnos en el café cada miércoles. *A las ocho. / A las ocho.*

Por el rumbo, me llamaban ya la abandonada. Las mujeres siempre hablan mal de las mujeres, pero las siguen saludando y les sonríen.

A la ausencia de un hombre en la casa, como que mis hormonas comenzaron a alterarse. ¿Acaso Daniel me había servido de freno como imagen paterna? O de plano era una sensualista.

Por ese tiempo decidimos asistir a las ferias de los pueblos e investigar acerca de la música indígena, de las tradiciones y costumbres.

Recordé a Mark. Mark Añoranza. Con él, ¿hubiera sido distinto?

XVIII EN EL PUEBLO

Habían instalado un tablado. Por primera vez estuve presente en una corrida de toros. Entendí poco y pasé mucho miedo. En el centro del ruedo se encontraba clavado un tronco largo y fuerte. Por alguna puerta hecha de varas delgadas dejaron que surgiera la fiera. Arremetió contra la estructura. Mi cuerpo resentía las sacudidas. La gente gozaba esa angustia.

Al toro lo castigaron picándole los costados. Por sus belfos escurría espesa saliva y sangre. Por fin lo mataron. Los señores, que estuvieron bebiendo, salieron presurosos a separar las vísceras que comprarían. Un joven, delgado y enfermizo, recibía la imposición de beber la sangre del animal sacrificado.

No pude ingerir alimentos. ¿Pertenece al pueblo? ¿Qué tan lejana estoy de mi gente? ¿Son mi gente? ¿Quién me hizo olvidarla?

Durante la tarde las bebidas siguieron corriendo. Las mujeres hablaban rápido y con grandes movimien-

tos de manos. Los hombres eran monosilábicos. Sólo vi que trabajaban ellas todo el tiempo.

Se comieron sesos, hígados y carnes poco condimentadas.

A Daniel lo invitaron a una cacería. Quizá algún día regresará.

Por la noche fuimos al baile. No fue lo que esperábamos. Un conjunto musical, de muy mala calidad artística, hizo que la gente se sacudiera emulando los pasos de lo conocido a través de la televisión.

Pensé:

—¿Perdí la capacidad de asombro?

Después del baile sólo caminaban gentes ebrias y agotadas. *¿Dónde está el fervor religioso? A la iglesia pocos asistieron. La mayoría mujeres.*

Los días siguientes cayeron algunas lluvias. Daniel Curiosidad, indagaba acerca de las indemnizaciones a los ejidatarios. Aprendimos los diversos nombres que le otorgaron a tal hecho: pago, liquidación o regalo.

Los campesinos presentían el abandono a su suerte, ante las reformas de organización y producción agrarias que el gobierno les planteaba.

Aprendimos que le decían pago porque los hombres del campo pocas veces recibieron arriba de 80 000 pesos mensuales y en ese momento les daban unos cuantos millones; liquidación, porque ya no dependerían del go-

bierno; indemnización, porque en el fondo existían culpas debidas a la corrupción innegable; y regalo, porque cobraban quienes no debían.

Escuchamos casos de señores que resultaban beneficiados con esos pagos: gente que radicaba en Los Ángeles, Miami, Houston u otras ciudades del país, que hacía cinco, diez, quince o veinte años que no trabajaban su parcela, y que recibían fuertes sumas de dinero.

También comprobamos que las personas que trabajaron esas tierras no recibieron nada.

De regreso a Ciudad Agresiva, escuchamos canciones en inglés, comimos fritangas con aguacate, costillitas y bebimos hasta caer en un extraño sopor.

Rodrigo, como de costumbre, no dio mayores problemas. Estaba creciendo. Daniel le cantó canciones y lo acompañó al cuarto. Me dio un beso entre las sienes y marchó.

Coloqué a Rodrigo entre mis brazos, me refugié en el lecho y en la oscuridad. Desperté con las palabras justicia e injusticia poseyéndome.

La injusticia, desde los griegos, filosóficamente se argumentaba. Y, sin embargo, cientos de años después, ante la cantidad de quejas de los campesinos, ante la manipulación de los acontecimientos, uno se quedaba en y con ella.

¿Quién decía la verdad? No viví en el campo, sólo obtuve referencias de la gente pueblerina con relación a su flojera, su ser ladino, su poca capacidad de decisión, causa de su no educación, y por ende su manipuleo por unos... tacos o cervezas... ¡Pobres!

Daniel Justicia discutía conmigo, él sí confiaba en la verdad salida de las bocas campesinas. *¿Acaso no eran tan vagos? Si al mediodía ya estaban tirados en sus hamacas echando panza. ¡Tú, qué sabes.*

No conocía del sol raja cueros, de la dificultad para conseguir agua, de la promiscuidad y la pobreza verdadera. *¿Era mi culpa?*

—No tienes derecho a emitir juicios.

A la ciudad la invadieron las protestas en pro y contra de aquellas gentes que no vislumbran alternativas a su existir.

Hubo marchas, pancartas, carros con altavoces. Seudolíderes, seudomártires. *¿Dónde?, de nuevo. ¿Dónde se encontraba la verdad? ¿En el pueblo? ¿Quién conformaba el pueblo? ¿La prensa? ¿Yo? ¿Ellos?*

Los resultados fueron más gente ociosa, campesinos encarcelados, mujeres que abandonarían sus casas para trabajar en las ajenas, liquidaciones bebidas, seres vendidos a los prestamistas, agentes del poder que mejoraron de posición política. *¡Basura!*

Los resultados al cabo de unos meses fueron el hartazgo de leer y escuchar lo mismo, la indiferencia,

la búsqueda de noticias más atractivas, el olvido de ese pueblo. *No es nuestra culpa. ¿Qué podríamos hacer? Debemos velar por nuestra familia. ¡No nos incumbe, al fin y al cabo, ¿quién dice la verdad actualmente?*

Rodrigo descubrió su afición por la música. Daniel le obsequió un teclado. Mientras jugaba a los sonidos, recordé los columpios, las resbaladillas, el barril, los otros juegos, las colas que formaban los pequeños para acceder a ellos y, por supuesto, las batallas. Rodrigo iluminaba el rostro cada vez que lo columpiaba. A él no le agradó pelear por algún aparato para satisfacer su deseo de solazarse. Paciente esperaba que los otros niños perdieran interés por alguno de ellos y así apropiárselo.

El cabello ensortijado y brillante capturó la atención de las madres que acompañaban a sus retoños, siempre fue así y me enorgullecía.

Con Rodrigo a mi lado redescubría la palabra mágica: Dios.

Realmente, afirmar que era creyente no era posible, al menos no como lo aparentaban las gentes de mi pueblo, de mi Ciudad Oscura. Resulta difícil cumplir los mandatos para alcanzar la paz y la sabiduría, y más difícil cuando creces percatándote de la manipulación de la fe, del manejo de la buena voluntad. Sin embargo, en presencia de Rodrigo, en compañía de sus manos, de sus sonidos, se revelaba la palabra: Dios.

—Gloria a Dios en las alturas...

Daniel decidió instalarse en el pueblo, con el pueblo y para el pueblo. Tal decisión lo condujo a cambiar de nueva cuenta el sitio de su residencia. Rentó una casa a las afueras de un pueblito cercano. Compró un automóvil color rojo y nuestros encuentros se espaciaron. Dedicó sus esfuerzos a la capacitación de los campesinos para trabajar comunitariamente. Implementó cooperativas y los guio hasta que tuvieron granjas avícolas y porcícolas.

—Daniel Comunitario, eres un buen hombre.

XIX ME MORDERÉ LA LENGUA

Invariablemente las mañanas me retornan a la respiración reconfortante, aun así, me pregunto: ¿Cómo lo hacen las otras personas para vivir? ¿Qué las alimenta? ¿Qué les proporciona fortaleza?

Año con año las vértebras se van acercando una a otra y la espalda duele, se encorva aprisa y cuesta, ¡cuesta caminar!

El jazz de las siete, de las ocho, de las noches, se une a la nostalgia y al vacío que me rodea y penetra cada oscurecer. Porque es verdad que hoy sonreí a la gente, compañeros de trabajo, rostros amables, y que la conserje de la oficina fue atenciosa; también es cierto que el refresco de guayaba y la crema de espárragos no resultaron tan mala combinación, y que pude tomar una siesta y escuchar cantar a mi hijo, y contar que me dolió el rostro al mirar el suyo entristecido cuando preguntó por qué su padre nunca lo visitaba.

No pude explicar que fui yo la que pidió a Pablo que nunca se acercara al niño, pues si no lo mantenía, ni se preocupaba por su salud y su educación, ¿con qué derecho se atrevería a disfrutarlo? ¿Con qué derecho recibiría las caricias de sus pequeñas y sonrosadas manos? Sólo acerté a depositar un beso en su mejilla y a apretar su cabecilla junto a mis senos.

Me arrepentí mil veces de los orgullos mal encauzados, de las rabias y las iras que dañan a los inocentes. Me arrepentí, mas hecho estaba. Para Pablo resultó demasiado fácil deshacerse de nosotros.

De nuevo para el trabajo dejé a Rodrigo en la escuela, a las puertas intercambié saludos con Yolanda y Pedro; ellos planeaban la compra de abono para el jardín que estaban creando. Me consumió un poco la envidia. He anhelado la paterna casa de jardines, los platanillos, las rosas, las amarillas flores, la frescura.

Arrastré la envidia recién parida. *Era una pareja, eran dos con los mismos objetivos.* Quise imprimir en los labios aquella sonrisa mimética cotidiana... *Sí, Rodrigo, tal vez con el tiempo..., con el tiempo compramos una casa y luego forjemos el jardín y más tarde... un hogar...*

—¿Por qué carajos nos educaron para vivir en pareja? ¡Coño!

Antes, ni siquiera emitía “malas palabras”, tan lejana se encuentra la niña-niña.

Por la noche sólo jazz. No puedo vomitar el odio por ser una niña linda del pasado, por ser una fiera herida fracasada, y deseo arrancar las pieles a Pablo y todos los Pablos. Estoy confusa.

—Pablo, si me pudieras escuchar, en este momento te gritaría: “¡Ten otros hijos!... Sí, dales a ellos lo que negaste a Rodrigo, cúbrelos de ternuras, trabaja duro, vístelos y aliméntalos bien. No los dejes crecer con el agujero que tiene Rodrigo en el alma y que yo, ¡la estúpida!, no consigo llenar”.

—Vida: ¡Sostenme firme!, ¡ayúdame a desaparecer de la garganta el nudo de la soledad!, imponle al sol que olvide el viejo deseo: “Si te quiero es porque sos mi amor, mi cómplice y todo, y en la calle codo a codo somos mucho más que dos...”.

Superé con la luz del día el estado depresivo. Me avoqué a preparar un fin de semana en la playa. Dejé a Rodrigo con una prima y estuve sola dos días, en continuo admirar las olas en vaivén, en caminatas de brisas nocturnas y amaneceres sentada en la arena húmeda llenando de conchas y caracoles mis manos.

A la llegada de las barcas, me arremoliné en compañía de hombres y mujeres solicitando las mejores piezas de pescados para preparar la comida.

Con short, playera y sombrilla, paseé por el malecón y el puente.

Extraños sentimientos cobijaban el cuerpo. El pueblo de pescadores me atraía y me era ajeno.

Deambulé por el mercado, ese mercado semejante a otros de mi estado, con los mismos rostros cetrinos y manos callosas, con los niños mendigando o pregonando verduras y frutas.

Cargué de imágenes las cuencas y me sentí dichosa de encontrarme viva. Algún día compartiría con Rodri lo absorbido. Entendería.

De vuelta a la ciudad recordé aquellas palabras acerca del cambio continuo de los seres, de las cosas, aquello de que nada permanece idéntico, porque si así fuera, desaparecería. Sin embargo, ¿el pueblo permanecía? *Sí. Y ¿acaso no permanecía en las mismas opresiones y mansedumbres?, ¿en las mismas explotaciones y abusos?... Para el cambio, se requiere el poder, el poder.*

Me resigné ante la verdad. El poder, incluso el de decisión, es lo que permite los cambios, las visiones diferentes, las alternativas.

Extraño a Daniel Fuerza, Daniel Pueblo, Daniel Poder.

Lejos quedan los hombres padecidos. Mis células apartaban las insinuaciones varoniles. Todos los seres

masculinos ahuyentaban la camaradería a la menor oportunidad. Bastaba que se enteraran de mi habitar sola, de mi no hombre para que desearan “hacerme un favorcito”.

Chaparros, narigones, espiritifláuticos, boludos, calvos, panzones, chimuelos, negros, blancos o con mal de pinto, iban como machos detrás de la hembra, de esa hembra adulta “acostumbrada a coger”.

Aquellos juegos de que me gusta fulano, qué bueno está perengano, quisiera con mengano, se volvió agreste a mí. ¿Estaría llegando a la menopausia? Las compañeras me hartaban. Los compañeros, más.

Los individuos miraban con lascivia, las mujeres cuchicheaban deseando la manera en que se suponía me encontraba viviendo.

Tenderos, albañiles, contratistas, agentes de seguros, limpiabotas, camioneros, vendedores ambulantes, mayates y chichifos eran concienzudamente desmembrados, descuartizados, atomizados durante mi análisis de su comportamiento de hombres-bestia, hombres-macho.

¿Ésos eran los hombres-pueblo?

Alguna situación andaba mal en mi cabeza, o la situación en general de mi patria educativa erraba.

¿Lejos quedan los hombres-tormento?

—Mentira.

¿Cómo evitar cientos de años de manipulación de roles femeninos, de roles machines?

—¿Qué onda, machín?

—Aquí nomás... con las viejas.

Me enteré por Martha Vox Populi: *Encarcelado. Dolió.*

Me permitieron el acceso.

La mujer escudriñó cada parte de mi ropa, cada parte de mi cuerpo. La rampa, el concreto, el sol, mis pasos. Por primera vez entraba a sitio semejante, cúmulo de gestos idiotizados e idiotizantes. Olor a yerba, cemento y orín. Mi respiración alterada era el signo de la inquietud que contraía la frente fraguándole surcos.

¿Dónde se escondía el lenguaje del piano? Todo era ajeno.

De verde, el subconsciente intentaba mantenerme firme. No debo llorar. *No llores estupidita. No sabes qué ocurre. Calma..., calma.*

Busqué en la penumbra, paredes escritas, lugar obscuro, la mirada miel, el agua que había diluido la sal quemante en las heridas de antaño.

Mi acompañante se retiró. Fui roca quebradiza. Besé el pelo grasiento e impregnado de sudores.

Recargué mi aliento en su pecho. No hubo quejidos. ¿Cuánto tiempo pasó? *Siglos..., siglos.*

Mis labios entreabiertos desearon haberle pertenecido para gritar lo que no podía.

Un dolor agudo recorría mi nuca, clavándose en los puntos destruidos del cerebro. ¿*Por qué?*

Odié el ansia de aventura, de escapes, de frivolidades que impidieron estas premoniciones.

—Daniel... Daniel...

La respuesta fue el silencio.

Respiraba.

—Ya tiene que irse.

Regresaría.

Se repitió el manoseo del día anterior. Menos angustiada, quizá con un poco de firmeza dirigí mi taconeo a la celda.

Su rostro necesitaría tiempo y cuidados, muchos cuidados médicos para re-cons-truir-se.

Daniel Inflado, Daniel Putrefacto, cadáver amado: *Aquí estoy.* Sólo podía mover una mano. Deposité labios y besos en ella.

Cubiertos de negras tonalidades sus ojos permanecían cerrados. Le faltaba una pequeña parte del labio superior, por ahí percibí el hedor mortuorio.

No hubo charla, sólo dedos que transmitieron calor.

Llegaron el médico y los camilleros. Con custodio lo trasladamos a una clínica particular. Después regresaría. El poder dinero todo lo puede.

Atrás quedaron las chanclas al aire y los juegos con Rodri en la cama. Los abrazos por la espalda, las caricias

en la nuca, el relajamiento casi hogareño, de aquel otro Daniel Convaleciente.

Después de cuatro días lo devolvieron al penal.

Para dialogar con el director de la penitenciaría tuve que gratificar a varias personas, de todos los estratos y jerarquías carcelarios. ¿Por qué tendría que ser así?

—No existe corrupción.

”No existe soborno.

”No existe chantaje”.

Conseguí permiso para que Daniel recibiera atención “especializada”, por supuesto, las retribuciones aumentaron. No me atrevía a confesarle lo que estaba haciendo.

—Lo haré cuando esté en condiciones.

Un reportero, al descubrirme, preguntó de asuntos desconocidos por mí, asuntos que no sabía de su existencia, por ello no contesté.

Al siguiente día, la prensa, “insinuaba” cierta complicidad y entendimiento amoroso entre Mujer Retasociedad y Daniel Chingaquedito.

Armaron historias comprobables, compraron testimonios, las malas maniobras del castigo pudieron exponerlas ante la sociedad crédula y ávida siempre de mentiras justicieras. ¡*Ja-yuuu Silver!*

El estupor marcó nuestros semblantes. Fue difícil escuchar la facilidad con que mienten las “personas”,

por... presiones, amiguismo, “co-mo-di-da-des”, y deseos de que “algún poderoso” me deba un favor. *Uno nunca sabe. / Es para bien. / Hay que mantener la paz social. / El fin justifica los medios. / ¿El fin?*

Comprobamos la capacidad de fingimiento de ciertas gentes.

—Es cuestión de memorizar y mantenerse.

—Insistir en la pose y en que ¡de aquí no me sacan!

Después de la sentencia. La Gente Pueblo quedó maniatada. Comenzó el hostigamiento. Varios partidos políticos se inmiscuyeron. Todos querían llevar agua a su molino. Pueblo, gobernantes, manipuladores, corruptos insaciables consideraban cualquier acción, actitud, reunión o trabajo como conato de violencia, agresividad y deseo de desestabilizar al “sistema”. Todos hacían plantones. Algunos propusieron huelgas de hambre.

Y fui de pueblo a ciudad, de ciudad a pueblo llevando mensajes de Daniel y para Daniel.

Estaba indignada. Daniel era a la vez, héroe, mártir, ladrón, mentiroso, cobarde, vendido. ¡*Vendido!*

Fue tan fácil armar la faramalla, ¿cuál había sido la falta?, ¿cuál el pretexto?

Los nuevos granjeros se atrevieron a pedir apoyo, a través de Daniel Da la Cara, con “créditos a la promesa devolutiva” como anunciaban por la televisión y lo habían enredado todo.

La reunión resultó una ofensa a las autoridades. El deseo de ser escuchados para aclaraciones, punto de apoyo para verdaderas hienas, pivote de cuervos, momento idóneo para confusiones.

Fue ri-dí-cu-lo.

Las formas, las malditas formas, con el pueblo, siempre son las inadecuadas.

Sólo de algo estoy cierta: Daniel Madrazos golpeó.

En defensa.

Logré su libertad. Ahora compartíamos la pobreza.

—Bueno, no será la primera vez.

Mis padres se quedaron con Rodrigo.

—Es lo mejor. Aquí crecerá como en familia.

—¿En qué nos equivocamos con la niña, viejo?

XX

LA TORPEZA REAPARECE

Yde manera imprevista en el quiosco: Pablo.
Invitación a comer.

Charla.

Me dijo que dejó de amarme. ¿Lastimó de nueva cuenta el orgullo? Que no me quiere, pero que me aprecia. ¿Podría entender esto?

Pensé: ¡Hijo de puta!

Lo anterior sólo pueden entenderlo quienes lo han padecido. Para cualquiera, buenos y malos, honestos o deshonestos, vigorosos o cansados, jóvenes o viejos, resulta violento, insultante, pues deseamos siempre que nos mientan. “Miénteme más, que me hace tu maldad feliz...”.

Lo odié. Me sentí personaje de telenovela brasileña. Comprendí entonces al villano, al psicópata, al enfermo de “amor” que a costa de cualquier precio obtiene la satisfacción inmediata de sus deseos.

Fui ése.

En cuatro días con sus tres noches (como anuncian las agencias de viajes) realicé un recorrido por todos los estados de ánimo.

Pablo Obsesión opacaba a Daniel Necesidad.

Quise que se muriera, que se suicidara, que se matara. Deseé que me deseara (infantil, ¿lo notan?). Me propuse que sufriera, que llorara (¿a qué nos lleva el deseo de venganza interpretado como aún lo quiero?).

Escribí cartas anónimas, amenazantes, suplicantes, intrascendentes, jocosas, no las envié.

De todas maneras, el pecho dolía, la garganta seguía cerrada, el llanto acudía al mínimo pretexto. *¡Histérica!*

Todos los motores del carro se parecían al de él, muchas personas caminaban como él, su timbre de voz se hizo presente en otros timbres.

—¡Coño! ¿Hasta cuándo?

Los cuerdos, entre ellos Daniel, dicen que es enfermiza la relación que sostengo con Pablo. Que el tiempo todo lo cura. *¡El tiempo!* Que lo olvide, que soy g-u-a-p-a, que tengo un futuro por delante. *¿En la Ciudad Agresiva?, ¿en el Pueblo Maniatado?*

—¡Perra vida! ¡Perra vida!... ¡Perra... yo!

Aquella valoración recuperada con Daniel la perdí en el océano pablecino. Me alejó como rata asquerosa, como enfermedad incurable, como..., ¿cómo?

Daniel Serenidad, Daniel Sabiduría Común, dicta:

—No hay nada que hacer. En este caso, nada.

—¡Coño, lo sé! Necesito ayuda..., necesito ayuda, ayuda, ayuda...

”Saldré adelante.

”Debo aceptar.

”Resignarme.

”Dejar los encabronamientos.

”Sonreír”.

Daniel Escucha, dijo:

—la ciudad es tan grande que caben los dos.

Tal vez lo mejor sea llorar ahora, seguir llorando será seguir huyendo.

Enfrentamiento con el dolor real.

Cometí errores, “fue muy lindo todo lo que pasó... Ahora es necesario separarnos... Al amor hay que alimentarlo todos los días con esas pequeñas cosas que nosotros ya perdimos... No llores más”. (Palito Ortega y “Prometimos no llorar”).

—Te quiero.

—No, lo nuestro es costumbre.

—Te deseo mucha suerte.

—Que seas feliz.

Daniel Apapacho, me alienta, mas me flagelo. No fui educada para buscar a un hombre y lo hice, tampoco para vivir sola y pude. No sirvo para puta y me com-

porto ante la sociedad como tal, soy pendeja y me creen inteligente, ¡qué conflicto!

Renuncié a él, no existía alternativa. *Duele, duele, duele... No hubo liberación, sigo atada a su pinche imagen, a su sexo. Detesto mi parte animal, fui perra que mendigó amor, la patearon y lamió los pies del agresor, del insultante.*

¿Dónde depositar fogosidad, sensualidad, pinches anhelos?

Regresé a la etapa vivida un par de años atrás, ¿recurrencia? No podía mirar a la cara a otro hombre, pensaba que percibía mi soledad, el ansia de compañía, que se me notaba en el aroma y temí.

Después del rechazo fui personaje de tragedia fársica.

—No pienses en él. (*Me tengo que fijar al oído a cada instante*).

—Nadie, nadie, nadie, na...die.

¡Ah!, también fui un personaje grotesco.

—Daniel, ¿te casarías conmigo?

—Tus padres serían felices, lo pensaremos el próximo año, cuando salga de los problemas políticos. (*¿Saldría?*).

“Somos tan sólo siluetas que se confunden...” (Chayanne).

—¡Oh, cielos!

Un escalofrío me recorre, el cuello pesa, crece un hueso, se convierte en aguja que sale de la espina y perfora, perfora, per-fo-ra.

Las ramas de los árboles emiten sonidos rastreos... Daniel necesita un cobertor más grueso, llueven estigmas sobre él. No lo tengo.

“Lo importante hoy es que yo estoy aquí... Abrázame cariño mío...” (Joshio).

XXI
LAS VISITAS

Y en tu pequeño corazón, ¿qué existe, Rodri? La culpabilidad me señala. Me corresponde. La asumo. Dudaba, ¿pondré en práctica lo que tanto pregonan las familias morales?

—No debes inculcar odio en el niño hacia su padre.

Abundaba en detalles contigo acerca del amor perdido, de los reproches y las injusticias, de las ofensas. Me disgustaba por ello y me complacía.

Cada mes me convertía en la eterna víctima. *¡Farsante!*

Sé que no debí involucrarte. No es totalmente cierto el dicho popular “si no ama a la madre, no puede amar al hijo”, lo sé con certeza, con pruebas contundentes, irrefutables, pero... ¿y el rencor?, ¿y los celos por ti? *Mi hijo me pertenece y el calor que sale por rodillas, manos, poros, pecho no puedo atenuarlo.*

Cada mes las promesas de seré buena; él no tiene la culpa.

Trataré de atenuar esta rabia consumidora de la luz, de la fortaleza, de la cordura. Invocaré a lo eterno: flores, cantos, inocencia. Trataré de frenar mis frustraciones para no inyectarlas en tus carnes. *Sólo trataré... ¡que conste!*

Opté porque Rodrigo pasara los fines de semana conmigo.

—Se atrasará en la escuela.

—No lo atenderás como es debido.

—Es mi hijo.

Conseguí una casa, por primera vez una casa, con jardines y patios. Las visitas serían agradables y placenteras.

Las pasiones tienen que amarrarse, las astillas clavadas en los orificios de la piel deben expulsarse, si no, será una perpetua llaga el tratar de respirar.

Como humana rememoro la ausencia de colchas nocturnas, de pechos erguidos, de urgencias vibrátiles.

Daniel llegaba los miércoles a las ocho de visita. Seguía con la costumbre de beber café comentando los acontecimientos políticos.

Muchas asociaciones en pro de la democracia asomaron sus narices en el ámbito de la lucha de poder y clases. ¿A quién creerle?

La devaluación de la moneda conlleva desórdenes sociales, aumentaron los robos, suicidios de gente muy joven, el tráfico de estupefacientes, el mal humor de los servidores públicos, las quejas de las amas de casa, la re-

beldía adolescente. Proliferó el miedo a deambular por la ciudad, los asaltos se sucedían uno tras otro en todos los rumbos ciudadanos. La absoluta desconfianza imperaba en las rutinas. Las monedas no circulaban, todos los individuos les debían a todos, se atrasaban los pagos, aumentaban los intereses, el pueblo ya no trabajaba la tierra, prefería largarse a los sitios turísticos a conseguir dólares. *Como sea. / Haciendo lo que sea.* Aumentaron los precios de los productos básicos. Se consumían más bebidas embriagantes. En las empresas se otorgaban facilidades para obtener seguros de vida (de muerte) y tarjetas de crédito.

Y a pesar de las malas noticias, qué agradable recibir la presencia de Daniel Preocupado.

Después de varios años comencé a experimentar torturas leves acerca de las horas danielinas. Me atraía como hombre. *Es una locura.*

Convencí a la mente de lo fisiológico que resultaba, poco tenía que ver lo racional ante las feromonas, pero... el hombre está obligado a racionalizar, a no dejarse conducir ciegamente por las bajas perturbaciones, por las baratas y vulgares calenturas corporales. *El hombre debe sublimar sus pasiones.*

Estuve podando el jardín, al principio con tijeras y estilo, a la hora, con sólo los guantes puestos, arrancaba a la

tierra los mechones verdes que sobresalían, la llamada “yerba mala”.

Al principio de pie, por ratos sentada en una escalera, a la hora flexionando la cintura, en cuclillas, resoplando y sintiendo cómo las gotas resbalaban con prisa y abundancia.

Trabajé febrilmente entre arbustos y flores. Avancé, avancé, crucé el umbral, la reja. Seguí arrancando espigas, verdolaga, miles de briznas hasta que las piernas dolieron al incorporarme.

La espalda se desgarraba a tirones. Aún no expulsaba la energía necesaria a mi tranquilidad.

Me ocupé en múltiples “ociosidades hogareñas”, ésas que no poseen valor para el común de las gentes masculinas y las niñas bien lindas, pero que sin ellas la pasaría mal y que por ellas pagan, cuando no les queda más remedio.

Me recosté a disfrutar la lluvia, el rugir del viento por los árboles y la danza de las ramas.

Inútil, se repitió el dolor en el vientre y el ansia en la punta de la lengua. Miles de autorecomendaciones salían de mi cerebro para no ir en busca del hombre. Inútil. Las rechazaba la pasión insatisfecha.

Mojé los labios y oprimí los ojos. Por ahora los buenos ganaron.

Y de pronto estacionó el automóvil. Aquél sonreía, ella también. Me proporcionó un enorme gusto el reencuentro. Retrocedimos veinte años. Recordamos de-

sayunos en aquel comedor cercano a la playa, rodeado de barcos y gaviotas.

Hicimos memoria sobre las excursiones familiares y los campamentos colegiales.

—Aquella ocasión donde tuvimos que dormir de tres en tres en las hamacas, en la palapa que parecía no poder sostener tantos cuerpos. Los moscos, la falta de pabellones, el fétido olor de los repelentes, el frío de la madrugada, las patadas involuntarias, los brazos adoloridos por sostener a los otros cuerpos, las burlas al compañero emparedado...

Reímos de aquellas comidas preparadas a la intemperie, llenas de arena y cenizas que caían involuntarias por la fuerza de la brisa y del viento.

Pusimos caras compungidas por los accidentes pasados en esos años. La pérdida de las llaves del carro de Zurita, la fiebre colectiva por beber agua no hervida, la torcedura del tobillo de Moncho, las picaduras de los chaquistes, los gritos de Laurita cuando la picó un bagre, los apuros cuando se requería un baño, los sustos por aquéllos que no sabían nadar y que invariablemente insistían en competir y pasaban a ahogarse.

Nuestros ojos brillaron al mencionar los campeonatos de juegos playeros, chicos y chicas, hombres y mujeres, formábamos equipos mixtos de fútbol, beisbol, baloncesto o voleibol, según la mayoría quisiera.

Reímos de nuevo por las caminatas para recoger conchas y caracoles, piedras marinas, tesoros...

Hablamos del tiempo y la distancia, de mi hijo, de la edad y de la felicidad neoadolescente que experimentábamos.

Los deberes nos conminaban a tratar los recuerdos con prisa.

No queríamos romper la magia. Fue necesario. Ellos no tuvieron hijos, en cambio, habían establecido una sociedad protectora de especies en extinción.

Quedamos para nuevos encuentros. *Ya saben dónde vivo. / Nos debes una visita. / Lleva a Rodrigo.* Abrazos, besos mejilleros, adioses.

Me habitué a preparar comidas ligeras. La cara se notaba más angulosa que de costumbre, ese escaso cabello castaño que me acompañaba la demarcaba demasiado. Como era lacio, me gustaba sentirlo caer en mi rostro, pero creí necesario cortarlo como en aquella otra ocasión. Una nueva visita me hizo desistir del intento.

Mis Padres Muralla Impuesta, aparecieron. Me dejarían a Rodrigo por un mes, saldrían de vacaciones. ¿Estaría preparada para cuidar de él tanto tiempo seguido?

—No tendrás problemas.

—Ya tiene seis años.

Terminé por sentirme contenta con la noticia; tendría a quién abrazar y besar cuando quisiera. Me sobrevinieron nuevas preocupaciones. *Otra vez, sólo pensando en mí. / ¡Egoísta! / ¡Aprovechada!*

Temí ser medusa, madre absorbente, madre piraña, madre de un hijo objeto, madre-pensamiento incestuoso. *Sólo seré madre.*

Llegó Rodrigo con un bello dibujo para mí, lleno de corazones y una palabra: mamá.

Los horribles pensamientos desaparecieron de mi espíritu. *Seguramente, Daniel se reirá de mí.*

Abrí la puerta para la visita de las pesadillas. Inevitable.

Percibí su aroma, introduje mi aliento en su cuello, sus bíceps restablecieron la fuerza a mi espalda.

Su fragancia masculina recorrió mis represiones. No se obtuvieron respuestas plenas. Ese vientre sabía más de mis heridas que yo misma.

Sin violencia, con firmeza, ante la estupefacción y el horror, otras manos buscan mis senos, él clama por las suyas, pérdidas giran y se precipitan unas contra otras.

El oído izquierdo captura infiernos; las ingles, paraísos; el oído derecho vegeta, le salen ramas, se extravía en los pasillos, en los laberintos, en los rojos y amarillos, en el negro profundo, en la comisura de varios labios.

Conciencia y no conciencia, despertar o dormir, se confunden, se mezclan, me agitan.

Aumenta el sonido de oberturas tormenta.

La uña de un índice delinea suavemente los pezones. Las imágenes se trastocan en respiraciones sobre mis muslos, en barbillas juguetonas que rizan mis cabellos y abren mordiscos a los lunares café, caminos a los besos, a las posesiones, a mantener asidas las caderas hasta la exhalación y el grito.

En otras circunstancias lo hubiera disfrutado, quizá hasta lo comentara con Daniel Risueño, en éstas, se convierten en sueños confirmadores de mis carencias, en pesadillas legítimas.

Desperté exclamando: Necesito la blancura de su cuerpo.

Lo lamentable de la falta de descanso eran las tonterías realizadas, el escarnio que las palabras vertían; la necesidad de mal utilizar el habla; el sonsonete que a latigazos erosiona las carnes blandas, mal escuchadas, y que acabarán por pulverizar los escasos “nobles” sentimientos que pueblan mi estructura.

¿Cómo encontrar el perdón ante mí misma? Divagar en la nada representa el castigo divino negado. *¿Me estoy equivocando? ¡Sííí! / ¿Hasta que no encuentre la respuesta temblarán hombros y espalda? ¿Me estoy equivocando? ¡Sí!, por eso tus pesadillas se alaaargaaan.*

Con desesperación rogué que pasaran pronto tales días con zozobra. Deseaba lanzar al vacío esas malditas lágrimas atoradas en las pupilas.

—¡No hay vasija para guardarlas!

Mantuve la actitud de zángana, de tonta, de loca, de enervada. Mis párpados temblaban por cosas insignificantes. En las tardes me colmaba la inseguridad, el temor, como si crueles peligros me aguardaran. ¿Fue por los sueños? ¿Fue por las noches? ¿Fue el presagio: mi tiempo se gasta? ¿Fueron...? ¡Tonteras!

Al fin, con Daniel Antojos desanduve el laberinto de mi alma.

—Respira, respira, aguarda el sol, tu sol, ya sabes que con tu sol las penas se estancan.

Resultó verdadero, confíe en las melodías, no temí las madrugadas, se alejó la depresión, escribí a mis padres, a mis conocidos.

Fijé la realidad: *Alguien me ama. ¿Dios? Por algo me enviaron las visiones de la humana miseria. Para que consideres tus delirios.*

Entré en calma. No dejaré que se enturbie. No permitiré el desquiciamiento y el andar helada... ¡helada!

XXII
ELUT DE VISITA

En un recorrido por alguna región arqueológica en-
tablamos amistad con el encargado. Tenía un ahi-
jado llamado Elut, del cual quería hacer un hombre de
provecho.

Lo llevamos a la ciudad, Daniel le consiguió trabajo
como conserje en una imprenta. Dos veces por semana
llegaba hasta mi casa y en esas visitas me ayudaba con la
limpieza. Se hizo querer por Rodrigo, tenía la paciencia
de las ovejas y el hablar quedo y cansado. Dormía en
el negocio de otro conocido de Daniel Humanitario.
Radicaba ya en la ciudad pensando que seguía en su
pueblo, donde todos respetan a los patronos y lo quie-
ren. Pasados algunos meses, sintió su deber vigilar a los
empleados cuando el patrón faltara. *Es tan buena gente.*

Los verbos cuidar, respetar, obedecer lo caracte-
rizaban. Desde temprana hora preparaba el desayuno
para don Fausto, luego se dirigía a sus labores de lim-
pieza. Al terminarlas, hacía los mandados del jefe y de

los empleados. Casi todos los días compraba las tortillas y el pan para la esposa del dueño. Lavaba cuanto traste se ensuciaba. Deambulaba por entre las máquinas como un ser mudo y escuálido, con aquéllos sus negros ojos saltones.

Obreros y obreras se burlaban de su silencio y mansedumbre. Elut empezó a sufrir por el maltrato, se consolaba pensando que los empleados tenían envidia de su posición privilegiada, al fin y al cabo, a él le hacían regalos, no pagaba renta, tenía amigos, ahorra y fue recomendado, no tuvo que rogar para obtener trabajo.

Un día quiso conversar con la hija del dueño, no pudo, se vio torpe y tartamudo. Los empleados lo notaron. Aumentaron sus comentarios hirientes. Aumentaron su malestar, su odio, sus deseos de venganza.

Empezó a hacerse el sordo, a no obedecer, a olvidar que lo enviaban por las fritangas y los refrescos. Comenzó a aparecer junto a los empleados, sin previo aviso, quedándose con la mirada fija en ellos y lo que hacían. Eso descubrió que los fastidiaba y lo disfrutó.

Limpiaba al ritmo que le diera la gana. Esperaba con ansia descubrir a alguno de los obreros robando materiales, entonces demostraría lo buen vigilante que era.

Las quejas sobre él no se hicieron esperar.

—Hablamos con él. Creímos que fue suficiente.

—¡Elut! ¡Elut!

—Ya no está aquí.

—¿Por qué?

—Era flojo.

A Daniel Modestia, lo adoró el padrino de Elut. Le agradecía el haberse preocupado por su muchacho, por haberlo enseñado a desempeñarse correctamente en la ciudad.

Nos visitó un miércoles, llegó con una jovencita de catorce años. Pronto se casarían, quería que fuésemos sus padrinos. Aceptamos.

XXIII
DESPUÉS DE ELUT

Rodrigo aprendió a ir a la tienda. Montaba en su bicicleta y recorría los cuatrocientos metros que separaban nuestra casa de ella.

Se había acostumbrado a ver que, de vez en cuando, Daniel fumara, pero había descubierto que don Manuel masticaba tabaco. Los primeros días que lo vio metiéndose el tabaco a la boca, pensó que se lo comía. No comprendió qué gusto o necesidad llevaba a aquel señor a sacar aquella bolsita de plástico y tomar una pizca de briznas café amarillentas y...

Escuché sus comentarios cuando preparaba la cena. Los otros chicos que lo acompañaban estuvieron de acuerdo en que cuando crecieran mascarían tabaco. Sus argumentos, dentro de lo que cabe, sonaban lógicos. Los que fumaban apestaban, tosían, el humo que expulsaban fastidiaba los ojos y nariz de los que se encontraran alrededor de ellos. Además, me enteré que ya habían experimentado a fumar y no les había ido muy bien que digamos.

No me gustaba que tuviera la afición de observar al masticador de tabaco.

El viernes empezaban las vacaciones. El domingo, ¡milagro!, Rodrigo le mostraría a Daniel lo gracioso del tipo gordo y rosado. Así lo hicieron, llegaron a la tienda y se sentaron en la banca que ex profeso se hallaba para los clientes, vecinos, gente de paso, niños y amigos que llegaban a beberse un refresco, comer Charritos con chile jalapeño y a enterarse de los últimos acontecimientos.

Por fin, agarró aquella cajetilla. Observaron con atención cómo compactaba por medio de varios golpes en el mostrador el tabaco. Estoy segura que Rodri casi imaginaba cómo lo haría cuando estuviera grande.

Rodrigo nunca se había quedado a todo el proceso. Con Daniel habló acerca de ese asunto, a mí, tardaron varios días en confesarlo.

El hombre de la tienda se llenó de una saliva café-amarillenta, que fue dejando a todo su alrededor. Pasaron un momento de verdadero asco.

Rodri todavía cuestiona el por qué fuman las personas. Algún día encontraré la respuesta.

Recuerdo que Mark tenía pasión por el cepillado de dientes, él incluso solía cepillarse la lengua, a mí siempre me provocaba, aunque no dejó de reconocer que eso es bastante higiénico. Tal retrospectiva se debe

a que Rodrigo adquirió la manía de comprar un cepillo nuevo cada vez que salimos al súper.

Los hay efectivamente de todas clases, colores y tamaños. Cada día resultaba más difícil elegir el adecuado, perdíamos bastante tiempo con las elecciones.

No recuerdo la vida sin los mencionados cepillos, sin embargo, tuve que reconocer que existen muchas gentes que no los utilizan.

Adquirí la conciencia justa cuando acompañé a Carolina al banco.

Sucedió en la avenida. Era día de pagos. Los bancos instalados a derecha e izquierda del camellón lucían atascados. Carolina tuvo que estacionar en doble fila. Ella bajó y quedé frente al volante.

Esperé hasta que algún carro desocupó un espacio e introduje el Datsun sin dificultad. Prendí la radio, fui pasando las estaciones, se mezclaron los ruidos estridentes con “Pedro y el lobo” y “Tuvimos un sirenito”.

Localicé la onda que capturaba la emisora de un canal de tele. Me dispuse a escuchar las noticias. Todas malas. *Ya lo suponía. Llevaba veinte años escuchando lo mismo.* Terminaron las noticias. El sol calentaba con fuerza el capirote, literalmente me estaba asando.

Visualicé un puesto de refrescos en la esquina. Fui por uno. Al llegar bajo el toldo alivié el calor. Intenté platicar con el despachador, no obtuve respuesta. Sólo

conseguí unos gruñidos afeminados y una sonrisita estereotipada.

Se me abrió el apetito al ver las tostadas. Decidí pedir dos. Olvidé por un momento las campañas sanitarias en pro de la higiene. El hombre las preparó en silencio. Las degustaba cuando aparcó un carro de refrescos. Carolina aún no salía. Masticaba despacio. El cargador depositó dos cajas sobre sus hombros como si llevara una almohada, la necesidad indiscutiblemente brinda fortaleza.

Desde la cabina del camión refresquero sonrió el despachador. El hombre de las tostadas devolvió la sonrisa. Nunca olvidaré la visión asquerosa. Los que algún día fueron dientes, estaban cubiertos de to-do. Pagué lo más pronto que pude. Las náuseas me regresan cada vez que recuerdo. Después de aquello bajé un poco más de peso.

Ya no como en los puestos de la calle, y, por supuesto, dejo que Rodri continúe con su manía. Lo cual no me impide cuestionar por qué se presentan hasta estas fechas semejantes atrocidades.

A Elut le tuvimos que enseñar a utilizar desodorantes, pero él sí se lavaba los dientes.

Algunas personas no se percatan de los olores humanos, otras, la verdad, no soportamos los que despiden la mayoría de la gente. ¿Tan mal educada seguía?

Debería ser más caritativa, o no, más comprensiva. De nada me había servido estar en contacto con el pueblo, por lo visto, a pesar de todo, seguía teniendo ínfulas de niña bonita. ¿Debería explicarle algo relacionado con todo lo anterior a Rodrigo? Con dejar que aumente su colección de cepillos y perfumes ¿será suficiente?

XXIV
COMO OTRAS MADRUGADAS

Las tantas veces maldita palabra vacío. Añoro lo que nunca poseí por completo, las eras, las épocas de ocasos en amaneceres y el refulgir de espejos y espejismos. Todo en vano, vano, vano... *En vano*.

Por la ventana, apenas la luna. Me levanté de la cama y me pegué a los cristales. La cortina con su aspereza me motivó a descorrerla. En el horizonte la venda púrpura a los ojos, el acantilado borrador de ensueños.

Caí en la pesadumbre, rueda calendárica de preguntas existenciales, el ser, la nada, la muerte, la efímera vida, los escapes mentales. Quise sollozar, ni eso me queda, como rama de otoño me deshojo y riego la savia sin utilidad.

¿Qué recubrirá mis cabellos para que pueda irradiar alegría? Para que pueda aceptar que tengo que esperar que se duerman los monstruos para acariciar sus sienas.

La casa decorada con tanto afán, disfrutada hasta el día anterior, me deprimía. Por ello, decidí... Descansaré. Luego..., luego...

Llamé a Daniel Buen Amigo. Recojo algunos fardos, no necesito tanto, lo he comprobado antes. Llegó, había cambiado de vehículo, después de la cárcel sólo había conseguido carcachas. *Pero arrastran.*

Después de la torpeza y el quiosco, dejé de manejar, no creí estar en condiciones de soportar tal tensión. Daniel insistía en que consiguiera un auto, yo insistía en lo contrario y le repetía lo que se encontraba harto de escuchar, aquello de que “nadie respeta las reglas porque nadie las conoce”, que uno al conducir debe estar pendiente del de adelante, del de atrás, del de un costado, del otro, e incluso predecir lo que harán todos esos conductores. *No volveré a comprar un automóvil.*

Afortunadamente hoy es sábado. Será un buen sábado. Karla me prestará su departamento, ella trabaja en Chiapas.

Me alegró la llegada de Daniel, porque pude comprobar su preocupación por mi bienestar y su bondad.

Lo primero que haré en el departamento de Karla será cambiarle las cortinas. Me encantan los olanes y las mariposas, y las que tiene no permiten el paso de la luz. Es cierto que las cortinas que me gustan no protegen los muebles, ni permiten dormir hasta muy tarde, pero no existe nada como la seda, sus vaivenes, esos movimientos que seducen.

Daniel me ayuda a subir y acomodar, como otras ocasiones. Miro otra madrugada, en el horizonte nos

ocultamos, en el rojo, entre blancos y grises, entre dorados que empiezan su grito.

Con la fatiga en el cuerpo, mirando a Daniel tendido en el sofá, pienso: *Alguna vez te vi como macho, hoy te veo como un hombre.*

A él le ha pasado con las mujeres lo que a mí con los hombres. ¿De quién es la culpa? ¿Por qué a nosotros? ¿Así será con todos?

Regresaré a... escuchar viejas canciones...

“Para todos fuiste madre, madre amante..., madre...”.

“Ojos cansados de mirar la vida...”.

La carta me llegó con varios días de retraso, ¿por qué Daniel me enviaba carta? Me citaba en el café acostumbrado, pero no el día acostumbrado. Y si notó que no llegué, porque es obvio que no llegué, ¿por qué no insistió en localizarme? Es tan fácil levantar el teléfono y marcar.

Me atormentaba por las implicaciones que podría tener el escribir y marchar, el escribir y desaparecer, en mi Ciudad Tormentosa era común hacer desaparecer a los que algún día pensaron en el pueblo e hicieron algo por él.

Recorrí los sitios por donde acostumbraba reunirse con sus cuates. No lo hallé, ni lo habían visto. ¿Dónde se encontraba?

Me culpé por no haber llegado a la cita, y más porque ni a la cita implícita de los miércoles me presenté, autopretextando un posible resfriado.

Entré a un café. El viento me despeinó. El viento de afuera obligó a los encargados del café a apagar el aire acondicionado, por lo que se recibía el calor violentamente, ello me obligó a quitarme el saco. Miré alrededor. Mujeres Gris, Mujeres Verde y Blanco fumaban. Nunca pude acostumbrarme. Me picaba la nariz cuando ese humillo ceniciento llegaba hasta ella.

Pasó con camisa amarilla y traje verde; necesariamente mi atención se centró en su recorrido. Por los cristales seguí su figura, por un momento mi mente juguetona entonó “Tu amor me dio en el centro de mi corazón... y como un rayo tu piel... me enamoró...”.

No supe qué hacer con la mirada cuando penetró al lugar donde perdía las esperanzas. Cinco mesas nos separaron. Quedamos de oriente a poniente, frente a frente. Intercambiamos enigmas.

Pelo Blondo, Hombre Recio, se acercó inundándome con su perfume. Entró al baño, al salir me estuvo observando con detenimiento. Ya no me gustó tanto, pedí la cuenta, me dijeron que estaba pagada.

El mesero pidió mi nombre para informarle a Pelo Blondo, le dije que venga el interesado a preguntar. Se

acercó, era un custodio. Buscaba a Daniel Perdido. Pregunté por qué la búsqueda. Me informó de lo agradecido que estaría si le diera pista alguna sobre Dani.

Oculté, según yo, la turbación en que había quedado.

Traté de coquetear y parecerle liviana y sonsa. Quedamos citados para un par de días después, si es que ya había concluido su misión, pues era su día de descanso.

“Alguna vez mi vida quieta verá estallar en el pasado...”.

Abrí la puerta del departamento con prisa, cerré y pasé el seguro, debía meditar y esperar. ¿Estaría siendo prudente o cobarde?

—¡Cobarde!

“Pero si un día me demoro, no te impacientes, yo volveré más tarde...”.

Durante dos días me porté cotidianamente, incluso me presenté a la cita, claro que acompañada por una conocida, el Hombre Pelo Blondo también se presentó. Invitó de nuevo y platicamos de películas y video-programas, de policías y ladrones, de *posters* y calendarios, menos de Dani... Dani Extraviado.

El hombre intentó también hacerme creer que sólo había acudido por mí. ¡*Pobre hombre!* Daniel Maestro me había enseñado bastante, después de todo.

Los tres nos dimos la mano de manera amistosa y cada quien aparentemente se dirigió a su sacrosanto hogar.

¿Qué hacer? Agradecí que Daniel nunca me informara de todas sus actividades, porque me sentía tan débil que si supiera dónde encontrarlo lo iría a buscar.

Quizá algún mensaje había en todas las madrugadas de amenos intercambios de voces.

Pensé leer el pergamino memorístico de mis tiempos compartidos con Daniel Ausente.

Agrandé las percepciones, enrojecieron mis volúmenes. No apareció la voz. Tragué y tragué saliva, pensé y pensé. Al filo del cansancio tumbas y frío. Pensaba puras porquerías, insectos, Daniel mutado en polvo, en paso de hormigueros, en vientos, en aguas turbias.

Me volví un ovillo, refugio de amargura, de madrugadas con escarcha. Mi cobija no calienta, mi lecho es insomnio, mi alma: muecas. Me encuentro entre dentadas ruedas desbastándose, giro, aspiro, exhalo, cual disco de fuego. Hierven mis entrañas. Sufro. Me atrapan los hielos de la incertidumbre.

En la almohada una tonada de canción antigua. ¿Dónde se hallan las fosas nasales amigas? Únicamente filos negros en la madrugada.

La piel se llena de una erupción extraña. ¿Estaría intoxicada? *No. Son los nervios.* Ingiero varias pastillas y caigo en sueño profundo.

El pecho comienza a picarme, crece el martirio. Rasco y rasgo la piel, en la intención de cesar con el tormento. Aumenta.

Al fin me penetra el sopor. Entre somnolencias divago: dinero, dignidad, vergüenza, líder, robo... ¿Qué?

Mañana..., mañana..., mañana...

El período de angustiarse por una pareja cesó, el anhelo de encontrar un hombre para mí solita ha pasado. Mis únicas angustias le pertenecen a Daniel Rostro Escondido.

Daniel querido:

Sólo puedo escribirte, pues no sé dónde hallarte.

Hoy no brillan las estrellas en mis ojos. Las aguas se agolpan y tengo que detenerlas, no quiero que sean portavoces de mi ansiedad por tu falta y te ocasione problemas, más problemas.

He huido de la soledad, estuve cansada de ella y resulta que fui tonta porque siempre estuviste a mi lado. Y heme aquí cafeteando con el enemigo, soportando los deseos de injurarlo sin saber a ciencia cierta por qué, mintiendo y no a la vez.

La sin razón me asiste y quiero huir de este entorno que me asfixia, no entiendo nada, ¡no entiendo nada!

Camino entre brasas que me imponen. Quisiera ser menos débil para soportar la vida como venga; menos inútil para no sentir que sin ti necesito muletas, menos sorda para escuchar de nuevo tus palabras, las que me indicaban lo bien que me querías.

Si vieras lo difícil que es respirar evitando que tu respiración moleste a la persona que esté a tu lado.

Se que padecí un enorme vacío, que acabaron con mis creencias, que desgarraron mi ego. Mi estimado amigo, pensé que no me repondría y continué con las locuras.

¡Oh, Daniel Carísimo!, en estos momentos quisiera encontrar a otro culpable de la vida que llevo y que llevamos muchos seres en esta ciudad, otro culpable que no seamos nosotros mismos.

Tengo miedo por ti, ¿hasta dónde puede uno arriesgar sin ocasionar daños a otros?

Gente como tú y yo ¿cabremos en alguna sociedad?

Sin ti, ¿dónde depositaré las ternuras?, ¿a quién pertenezco? y ¿quién me pertenece? ¿Sólo existe en mi futuro el velar por Rodrigo y cuidar los mitos?

¿Seguiré tan egoísta que pienso eternamente en mí?

Estoy de nuevo en posturas infantiles. Es el absurdo de respirar sin respuestas.

Si tuviera alas, volaría hasta localizarte.

Ahora pondré de nuevo esa estúpida sonrisa y partiré a la oficina.

XXV EL HALLAZGO

Recibí la llamada de Martha a las diez de la mañana. Ella sabía dónde te encontrabas.

Nos citamos en la sexta fila del cinema. *Asientos ocho y nueve*. Acudí puntual, ella hizo lo mismo.

Mientras comíamos palomitas y tomábamos una cola, me contó.

Acusaron a Daniel de malversar los fondos de su partido. A la sede del mismo llegaron a buscarlos a punta de pistola... Nadie se explica, ¿por qué los que se encontraban ahí lo permitieron?

Lo llevaron a los separos. Un amigo reportero lo siguió y no permitió que lo aislaran. Ése mismo avisó al presidente y al delegado de la sede del estado, acudieron dos días después y depositaron fianza.

Se escondió por otro par de días en casa de una amiga.

Lo sacaron de la ciudad escondido debajo de los asientos de un Volcho. Cambiaron de carro en el estado vecino y al siguiente se fue en autobús hasta la capital.

Estaría por un par de meses fuera, hasta que todo se aclarara.

Me quedé a disfrutar la película. Lo esperaría, a él y a su piano.

Martha Amiga Fiel, me haría dormir sin pastillas inductoras para ello.

¿Cuándo pensé quedarme esperando la llegada de un amigo? Por la formación de mis primeros años, debería seguir esperando un prospecto de marido, aquel “príncipe sapo” que con mis besos y mis caricias recobraría su galanura.

Por hoy, sólo escucharé el casete de Daniel Pianista.

Durante dos meses platiqué con Rodrigo de las aventuras infantiles de Daniel Niño...

Él nació rodeado de ríos y montañas. Anduvo descalzo bajo las neblinas mañaneras; subió montañas en busca del chorro de agua congelada para lavar su cuerpo.

Recogía lirios en el río y atrapaba tortugas para guisarlas. También acostumbraba caminar dos kilómetros para ir al pueblo vecino por sus clases de música. Un sacerdote consiguió becas para su preparación escolar y musical.

Daniel Activo, había vivido la discordia entre los vecinos. A su padre le dieron un machetazo por el simple hecho de conservar las rencillas entre las familias vecinas.

—Eso no se puede cambiar.

En su pueblo siempre aparecía alguien muerto. Los tamales y los rezos eran los comentarios de todas las tardes.

Sabía montar a caballo y en su adolescencia, durante sus períodos vacacionales, en reunión de otros jóvenes entraba a las cantinas con todo y animales.

Los elotes tiernos se convertían en su pasión al sólo contacto con su aroma.

En algún fin de semana me llevó a su pueblo. La gente era muy seria, flaca y desconfiada. No comprendía su actitud.

Daniel Explicaciones, habló de los despojos de tierras a sus gentes, para la explotación del petróleo, y de su odio al gobierno.

Desde pequeño aprendió a retribuir lo que le otorgaban, de tal forma que además de tocar en la misa dominical enseñaba a otros niños cómo extraer del piano sonidos y acordes melodiosos.

En aquel fin de semana quise saber los motivos de ¿odio? de su gente hacia las que gobernaban. A través de la confianza que le dispensaban a Dani, del cariño que le profesaban, pues él luchó mucho por la introducción del agua potable, pude enterarme.

Al descubrir que las tierras, las pocas de la región, podían ser explotadas de manera diferente, los gober-

nantes implementaron una serie de alternativas para cambiar los hábitos de los campesinos.

Bajo el pretexto de la malversación de la economía nacional por los que estuvieron en los cargos rectores los años pasados, se requirió que abandonaran las siembras tradicionales, que recibieran capacitación para trabajar en chinampas, viveros o artesanías. Los hombres quedaron muy a disgusto, pero no son dueños de nada más que su miseria..., y acatan... y callan... y siguen alimentando necesidades que jamás podrán saciar.

Daniel Coleccionista, poseía el conjunto de piedras más raras y chistosas que hubiera visto. Sólo a Rodrigo permitía tocarlas, ni siquiera para limpiarlas podía tomarlas en sus manos el resto de las personas humanas. Desde su infancia las reunía, estaban en cajas, bolsas, frascos, canastos, sobre el escritorio, bajo la cama, en los libros, junto al piano, rodeando su vida.

De pequeño, le agradaba remar en la barcaza por el río. Salir a pescar, cocinar lo que obtenía en la milpa o río y compartirlo con los que se encontraban más jodidos.

Aprendió a nadar sin darse cuenta que lo hacía, formaba parte de sus costumbres, de sus tradiciones, como el bailar pintados. Gustaba de hacer pájaros y flores con cuanto papel cayera a sus manos, a nosotros nos había confeccionado sapos, peces, estrellas.

Su madre murió después de unas fuertes lluvias. Tosió durante poco tiempo, pero recuerda que tuvo fiebres tan altas que alguna vecina se hizo cargo de él y su hermana.

Su hermana se fue a vivir con sus padrinos y él, a los internados.

Algunos años después se enteró de la muerte de su hermana. Por problemas respiratorios tuvieron que practicarle una operación donde le dejaron un agujero en la garganta. Dadas las condiciones de pobreza, la casa donde habitaban no tenía piso, el polvo revuelto con el excremento de las gallinas que entraban y salían libremente le provocaron infecciones pulmonares violentas.

La atendían, como caso especial, los pasantes de la clínica rural del Seguro. Cuando se ponía muy grave, la mandaban al hospital de la capital. En esas fechas aprovechaba la madrina y compraba ropa y zapatos para luego vender por abonos en el pueblo.

Sintió su ausencia, no era lo mismo saberla lejos que saberla muerta. A partir de entonces empezó a combatir la soledad.

La música fue su consuelo. Compuso gran cantidad de melodías con sonidos del campo, en memoria de los de su sangre.

Le gustaba leer de Zapata, Carrillo Puerto, Salvador Alvarado, Garrido Canabal y localizar personas que

desmintieran las leyendas en torno a ellos estructuradas, justo por la necesidad de aquéllos que detentan el poder y quieren permanecer en el trono.

—El pueblo necesita héroes.

—El pueblo necesita ídolos.

—El pueblo... ¡Chingue a su madre!

En seis meses había recibido cuatro llamadas telefónicas. No había sido posible su regreso en el tiempo previsto.

Estuve saliendo con un hombre bajito y calvo. Me agradaba su charla y el hecho de que fumara pipa, ¡pipa! Qué loquera. Asistí con él al cine, a eventos deportivos, de compras, sin embargo, por más que hiciera el hombrecito, no lograba conquistarme.

Rodrigo empezó a quejarse de la ausencia de Daniel Imagen Ídolo. *Los niños son más inteligentes que los adultos*. A sus ocho años tenía desarrollada la capacidad de decisión. A sus ocho años veía a su padre como el personaje que lo engendró y que quizá en alguna ocasión necesite de él. *Cuando esté viejito, si está solo, contrataré a alguien para que lo cuide*.

En seis meses me di cuenta que importaba a alguien, ya no dudé de mi conducta y despaché al hombrecillo. Necesitaba las recriminaciones de Daniel Pierde el Tiempo. No era bueno confirmar que me gustaban: imagen

infantiloide de nueva cuenta, porque en las retinas ajenas el espejo mostraba: *Mira, necia, a pesar de las compañías, estás sola. Has tenido sexo y atenciones, pero a cambio de ser un animal dócil y domesticable. Sólo por una caricia, por un gesto de aceptación, por una persona que te escuche. Bueno, bueno, lo que se dice bueno, no era.*

Entonces así con fuerza la bandera de la espera, del valemadrismo tan en boga y reí ante las verdades que me incrustaban las palabras ajenas en medio de los senos.

Cuando confirmé lo que deseaba, salí a comprobar la presencia del firmamento, las constelaciones, lo inalcanzable, aquello que te hace sentir pequeño y poderoso al mismo tiempo.

Después del éxtasis casi místico (cosa sorprendente, recibí una llamada cada veinticuatro horas) transcurrieron quince días. Resultó como la confirmación de que Daniel y yo estábamos conectados, sintonizábamos en las mismas frecuencias, o ¿fue casualidad? Quizá fue el tiempo justo.

Martha me llamó diciendo que Daniel regresó, tenía tres días en la ciudad, que cuando le fuera posible llegaría a verme, que me cuidara, que él estaba bien, que le diera muchos besos a Rodrigo.

¿Por qué a Martha? ¿Por qué no a mí? ¡Oh, los celos!, la impotencia es el estar a merced de lo que los otros dispongan. *Es lo cuerdo*.

No dormí esa noche, ni la siguiente. Al salir a las calles las pestilencias me rodeaban, las propias, las ajenas, las de mi Ciudad Ruidosa.

Por las noches esperaba que amaneciera y que asomara su delgada figura para correr hacia ella y enmarañarme en sus brazos y perder mi aliento en su cuello y sentarlo en la mecedora y recorrer con mi palma y mis uñas su espalda.

¿Cómo los seres humanos pueden soportar tantas ausencias, tantos reencuentros, tantas caídas, tantas insolencias de la propia vida? ¿Cómo pueden prescindir de los abrazos y llenarse de palabras que engañan, enredan, que pretenden evitar dolores y los causan? *Nos entrenan.*

¿Por qué existen gentes con vidas clandestinas, miserables, inconfesables, si, al fin y al cabo, son producto de mi Ciudad Marginación, de mi Ciudad Clasista? Deberían descubrirse y protestar.

¿Por qué pierdo el sentido y me aferro a lo que no tiene remedio? Mi ciudad es una selva, crecí en ella como en una jungla; corriendo y rodando entre fieras grotescas y deformes. ¿Qué hago aquí? *Esperas a tu príncipe azul, Cenicienta.*

Por las noches golpeaba mis pulmones lo rancio del ser humano. Sólo la naturaleza surtía efecto apaciguante en mí.

Consumí gran cantidad de tazas de café.

Y ahí estaba, bajó del carro como si el día anterior hubiéramos charlado. El tiempo se pierde ante su presencia. Por supuesto, desde que me prendí a su brazo, respiré con tranquilidad.

Daniel me enseñó otra forma de vida. Otras maneras de disfrutar la sensualidad, otras formas de aprovechar el sexo.

Daniel me enseñó a no sentir culpa ni vergüenza por haber estado en busca del amor..., del amor ideal..., del amor de cuentos de hadas. *Es la educación que recibiste.*

Lo importante es quién eres, qué das a los que te rodean, qué te das a ti mismo. *Soy un ser dispuesto a entregarme...*

Daniel me ayudó a olvidar las angustias por los crímenes que se cometen en “mi ciudad sin oportunidades”; enfrentándolos, denunciándolos. Me demostró que lo importante son los actos, a través del tiempo y del espacio. Que sólo la palabra escrita permanece, y que aun ésta es fácil de tergiversar.

Con Daniel aprendí a caminar en la oscuridad sin temer a los fantasmas, aprendí a callar y a morderme la lengua cuando se hizo necesario.

Sigo con la boca llena de llagas, y cuando me muerdo, sangro, pero Daniel Curalotodo ayuda a atenuar el grito, el llanto. *Esa mala sangre que no inundará los oídos de mi hijo.* Como personaje político sigue siendo señalado, sobre

todo, porque no ha nacido en este estado. No le importa. Se debe permanecer en oposición para ver si de esa manera despiertan otras conciencias.

Cada quien sigue viviendo en su respectivo departamento.

Seguimos disfrutando los días de playa y las vacaciones en el campo. Seguimos disfrutando las horas de pláticas y los miércoles a las ocho en el café.

Seguimos sufriendo a la ciudad y sus gobernantes.

NOTICIA DEL TEXTO

En 1992, Melba Alfaro obtuvo el Premio Estatal de Literatura Justo Sierra O'Really con *Me morderé la lengua*. Se han realizado dos ediciones de esta novela corta: la primera en Mérida, al año siguiente de su reconocimiento, con el sello del Instituto de Cultura de Yucatán; la siguiente, en 2013, por Ediciones htuRquesa de Villahermosa, Tabasco.

Para *Novelas en la Frontera*, la autora revisó aciosamente el texto de su obra y participó en el cuidado de la presente edición digital.

MELBA ALFARO
TRAZO BIOGRÁFICO

Melba Alfaro (Mérida, Yucatán, 1955) acortó su nombre civil, Melba Trinidad Alfaro Gómez, para darse a conocer como poeta y cuentista en la última década del siglo xx. En 1992 ganó el Premio Estatal de Literatura Justo Sierra O'Really con la novela corta *Me morderé la lengua*. Poco después inició su prolongada y reconocida trayectoria como actriz, directora teatral y dramaturga, en paralelo con una presencia constante en talleres de escritura y visitas a estaciones de radio para promover la cultura y el apoyo a personas con capacidades diferentes; en particular, fundó bibliotecas de aula y salas de lectura para grupos marginales, mujeres en condición de violencia y niños con cáncer.

Además de los géneros mencionados, Melba Alfaro ha incursionado en el ensayo y en la narrativa para niños y jóvenes. El conjunto de su producción supera ya la veintena de títulos; en el terreno de la dramaturgia ha visto representar 49 obras de su autoría, la más reciente es *Waldo, el guerrero de la montaña azul* (2019). Buena parte de su producción se encuentra recogida en

antologías y libros colectivos en formatos impresos y digitales, por ejemplo: *El guante blanco, abordajes en el tiempo y el espacio*, tomo II (2018), *La otredad* (2006), *El gato bajo la lluvia* (2018), *Rayar el cielo con piruetas* (2015 y 2018), *Arcoiris de sombras* (videolibro, 2017), *Huacalito de cuentos* (audiolibro, 2016) y *Literatura joven de Yucatán* (poesía y cuento, 2003).

Entre los reconocimientos otorgados a Melba Alfaro, destacan el Premio Estatal de Literatura 1996, por el libro de cuentos para niños *Eso de andar en la mar (y otras aventuras con los cabellos revueltos)*, y la mención honorífica Wilberto Cantón por su obra teatral *Equipaje* (1992). Cinco años después, el gobierno del Estado de Yucatán, a través del Instituto de Cultura, la distinguió con la Medalla al Mérito Artístico por su trayectoria. La Asociación de Comunicadores de Yucatán 7 de Junio, A.C., le otorgó un reconocimiento en 1999, por su labor en la radio. La LII edición de la Feria Municipal del Libro en Mérida de 2011 estuvo dedicada a la promoción de su obra.

Actualmente, Melba Alfaro dirige el equipo editor *El gato bajo la lluvia*, el taller literario *Café con Pique-te*, y la revista electrónica *Escenario Magazine*: <<http://www.escenariomagazine.com/>>.

Su trayectoria y bibliografía se encuentran al alcance del público en el *Diccionario de escritores de Yucatán* (2019),

la *Enciclopedia yucatanense* (2017), el *Diccionario de escritores de Yucatán* (2003) y en el sitio *Escritores en Yucatán*: <https://escritoresenyucatan.wordpress.com/2010/01/01/alfaro_gomez_melba/>.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Mariacruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Gira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez

Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo

Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alan Cabrera



Me morderé la lengua se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 25 de agosto de 2022. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de LAURA AGUILA RIVERA. La edición estuvo al cuidado de MELBA ALFARO, BRAULIO AGUILAR, LUIS GÓMEZ MATA Y RODOLFO MUNGUÍA.